

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1871. — Tomo XXXVII.

EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 30. — N° 947.

Administracion general, passage Sautnier, numero 4, en Paris.

SUMARIO.

Los alemanes en Paris; grabado. — Revista española. — La Francia firmando los preliminares de un tratado de paz; grabado. — Aspecto del boulevard Montmartre durante la ocupacion del ejército alemán; grabado. — Revista de Paris. — Poesía. — El nuevo mapa de Francia; grabado. — Escenas de la vida inglesa. — Una expedición a San Miguel del Fay. — Un viaje a Estrasburgo durante el armisticio; grabados. — Estrasburgo despues del bombardeo; grabado. — Bernabé Rudge, novela escrita en inglés por Carlos Dickens. — M. Grevy, presidente de la Asamblea nacional; grabado. — Problemas de ajedrez; grabado.

Revista Española.

Un saludo. — No hay mal que por bien no venga. — La fortuna de un fondista. — Reseña de las obras dramáticas representadas en los teatros. — Literatura. — Salones. — Política femenil. — Una broma pesada.

Victima yo tambien de la guerra franco-prusiana por haber carecido durante mas de cuatro meses, del placer de referir las cosas de España a los lectores del *Correo*

de Ultramar, vuelvo hoy gozoso a reanudar mis tareas. ¡Qué sucesos, qué cambios operados en tan breve tiempo! ¡Cuántas lágrimas, cuánto luto, cuánta sangre!

El drama de Francia es la epopeya del siglo XIX; pero como harto habrá explicado este periódico a sus lectores, el horrible martirio de seis meses que los franceses han padecido, despues de hacer los sinceros votos para que la nacion herida recobre la salud, voy a trazar a grandes rasgos el cuadro social, literario y artistico que ha ofrecido España durante la época de mi forzoso silencio.



LOS ALEMANES EN PARIS. — Purificación de la plaza de la Estrella despues de haber salido el cuerpo de ejército de ocupacion.

Nada hablaré de política, y eso que esta sirena engañadora lo ha dominado, lo ha absorbido todo, pero su influencia daría tristes colores á mi cuadro.

Una série lamentable de desventuras favoreció á Madrid durante el otoño, y la capital de la monarquía sin monarca entonces, pudo hacernos creer que éramos ricos y dichosos.

Numerosas familias parisienses buscaron un refugio en Madrid; otro tanto hicieron millares de habitantes de Barcelona, Valencia y Alicante, que acudían huyendo de la fiebre amarilla, terrible enfermedad que diez-maba ó amenazaba á las ciudades mencionadas.

Nunca vimos la corte de las Españas con tanta animación.

Los hoteles estaban llenos de bote en bote, las casas de huéspedes obligadas á poner camas hasta en las despensas; los *restaurants* concurridísimos.

Coincidió con esta aglomeración de gente rica la apertura del *café Fornos*, café que en breve tiempo ha adquirido gran celebridad por los banquetes culinarios-políticos que en él se han celebrado.

En la calle de Alcalá se inauguró una fonda á principios de agosto.

Cuarenta días trascurrieron sin que ningún alma... quiero decir, ningún estómago, acertase á traspasar los umbrales de aquel templo consagrado á la gula.

Los camareros estaban condenados á la quietud, el cocinero con el mango de la sartén en la diestra esperaba en vano la orden de confeccionar una tortilla ó unas chuletas á la *papillotte*. Los pinches y marmitones estaban mustios.

Por fin entró un consumidor.

Esto fué un verdadero acontecimiento, los mozos le agasajaron, el cocinero pidió inspiración á la musa de Brillant Savarin, y fué servido á cuerpo de rey.

El dueño respiró: al menos había un paladar que pudiera hacer justicia á su cocina.

Su asombro creció de punto cuando al día siguiente vió aumentarse el número de consumidores.

Una semana después no era posible hallar una mesa vacía.

Hoy ha hecho su fortuna el fondista que hubiera dado su establecimiento por la décima parte del capital que había invertido en él.

Desde entonces se ha acreditado de tal modo, que los que quieren comer bien van al modesto *restaurant* de la calle de Alcalá, esquina á la de Cedaceros.

Las tiendas hicieron también su agosto.

Faltaban las novedades de París, y los horteros que conocen á fondo el corazón humano, buscaron en sus almacenes las telas que no habían podido vender.

— Esta vez, se dijeron, no tendrán más remedio que apechugar con ellas las caprichosas damas.

Y bautizando los géneros con nombres de actualidad, realizaron lo que juzgaban irrealizable.

Los sastres, las modistas, todos los industriales se creían en Jauja.

Los forasteros aprovechaban su forzada estancia en la corte para proveerse de trajes, adornos, y recibían encargos... vamos, aquello era un jubileo.

Los pobres madrileños estábamos perdidos.

— Maestro, ¿y mi gabán?

— La semana próxima estará.

— Hace ya dos semanas que me da Vd. la misma respuesta.

— Y qué remedio, hay mucha obra, los forasteros nos consumen.

El comercio y los espectáculos estuvieron de enhorabuena.

En los teatros no se hallaban localidades, las empresas llenaban de dinero sus gavetas, y favorecidas por la suerte descuidaron el arte.

Es natural que esto suceda.

Ha habido, sin embargo, algunas obras dignas de mención y para que los lectores tengan noticia de ellas voy á hacer una reseña de las novedades teatrales que han ofrecido los coliseos de la corte, durante el período en que hemos estado incomunicados con París.

La temporada literaria empieza todos los años en Madrid, con la apertura del teatro Español, por ser este el coliseo que rinde más culto al arte.

Inauguróse, pues, aquella y según la buena costumbre del señor Catalina, empresario del referido teatro, con una producción de nuestro rico repertorio antiguo, con *el Socorro de los mantos*, linda comedia de don Carlos de Arellano.

Después de saborear los delicados conceptos y los cultos y decorosos chistes en que abunda la obra, tuvimos la dicha de aplaudir, con el entusiasmo que inspiran siempre sus producciones, una del ilustre poeta señor Zorrilla. Años hacía que el laureado vate vivía alejado de la escena española. Su musa tan fecunda y tan activa anteriormente, no nos había dado nuevas inspiraciones durante la larga permanencia de Zorrilla en América. A veces temíamos ver agotado aquel número tan potente y tan sublime, pero afortunadamente nuestros temores han sido infundados: *el Encapuchado*, que es su última obra nos lo vino á demostrar. La generación presente conoce poco á Zorrilla, porque ha venido al mundo cuando sus dramas han dejado de representarse, por haber muerto los actores especiales que los representaban y haber también variado el gusto del público. Estas circunstancias hicieron que el nuevo drama del laureado poeta produjera en el auditorio asombro y extrañeza, lo cual se explica fácilmente habiéndose perdido ya la costumbre de contemplar cierta clase de personajes en la escena, y olvidándose también el lenguaje varonil y enérgico con que se expresan

los héroes de los dramas históricos del señor Zorrilla.

No entraremos á describir el argumento de *el Encapuchado*, pues es por lo oscuro y complicado, impenetrable. Diríase, á juzgar por la indecisión y nebulosidad de los personajes, que parece más bien una obra alemana que una composición española.

A este verdadero acontecimiento literario, siguió la representación de un nuevo juguete cómico en tres actos, de don Narciso Serra, que obtuvo muy buen éxito; pero que nada aumentará su justa fama de poeta y de autor dramático. La última obra del señor Serra es... un juguete más que parece inspirado por la lectura de una de las novelas de Paul de Kock, en que el realismo se lleva al extremo; en que hay situaciones cómicas y color, pero un color muy subido de punto.

Atribúyese al festivo poeta una definición de su obra, que á ser cierta probaría su excelente criterio. « El primer acto, habría dicho, es de comedia; los otros dos de brocha gorda » y esta es la verdad. Tratándose de quien se trata, no es menester expresar que el diálogo de *dos Napoleones* es chispeante, incisivo, ligero y abundante de ingeniosos chistes.

Al terminar el mes de octubre, el mismo teatro nos ofreció una novedad digna de los mayores elogios en los tiempos presentes, en que la literatura dramática, impulsada por la idea del lucro, se desvía de su verdadero objeto, se aparta de su natural camino y aparece en general corruptora y corrompida. Púsose en escena *el Música de la murga*, original del señor Eserich, autor concienzudo y laborioso cual pocos, entre cuyas sobresalientes cualidades ha brillado siempre su buena intención de inspirar á sus obras en un pensamiento moral ó filosófico; de imprimirles tendencias profundamente humanitarias.

El señor Eserich, que ha compuesto multitud de lindísimas novelas, ha dado un carácter modesto también á su última producción, logrando conmover profundamente al auditorio.

En obsequio de la belleza del pensamiento del drama vamos á dar una breve reseña de su simpático argumento:

Don Isidoro, padre de María, es un pobre músico ambulante, de los que el vulgo llama *de la murga*, nieto de un violinista célebre que por única herencia le dejó un famoso Stradivarius; no carece de talento ni de ciencia, pero la suerte le ha sido contraria y el infeliz se ve obligado á recorrer las calles y los pueblos de las cercanías de Madrid, ejerciendo su modesta profesión.

A cierto marqués le ha llamado la atención la belleza y modestia de María, que figura en la orquesta de su padre, y se propone perseguirla con la idea de si logra seducirla tomarla en reemplazo de una bailarina extranjera, de quien está cansado; pero en cambio si se resiste á sus ruegos hacerla nada menos que su esposa.

Para lograr su primer intento conviértese en un verdadero Mefistófeles; valiéndose de una de esas viejas complacientes que sirven para todo, se instala en la guardilla que ocupa en la vecindad de don Isidoro; se finge sobrio de dicha Mónica y utilizando las ventajas de una educación esmerada, luce sus disposiciones para la música.

El marqués de Cumelo, que este es su título, ahogando en su corazón el sentimiento de la compasión ante las torturas del infortunado músico y de su angelical María, hace primero que un mayordomo suyo, don Ramon, tome su nombre y se presente á pedir la mano de la joven; pero este y su padre generosos y desinteresados rechazan la solicitud del supuesto marqués. Este al marcharse deja como perdida una cartera que contiene en billetes de Banco la cantidad de 8.000 duros. Los honrados músicos, en vez de apropiarse de aquella suma, invierten sus escasos ahorros, no sabiendo la morada del marqués, en publicar anuncio sobre anuncio en los periódicos de Madrid, llamando á aquel para entregarle su hallazgo. Pasan ocho días sin que nadie acuda al llamamiento, y durante este tiempo el verdadero marqués, bajo el nombre de Adolfo, recorre las calles de la capital formando parte de la nómada orquesta, y frío é inflexible prosigue la série de sus experimentos.

La repugnante Mónica, aleccionada por él, inventa una historia relativa á la madre del fingido Adolfo, suponiendo que si no halla 4.000 reales para pagar una obligación sagrada, será conducida á la cárcel. Don Isidoro que tiene escondidos los 8.000 duros, deseoso de salvar la madre del perseguidor de su hija, prefiere á tomar parte de ellos despojarse de cuanto posee, de su reloj de plata y hasta de su querido Stradivarius. Pero ni aun con esto se satisface el implacable marqués; y en un momento de descuido se apodera de los 8.000 duros que guarda el pobre músico, y hace que en seguida su mayordomo se los reclame.

Imaginen el terror y la aflicción de don Isidoro al ver que se los han robado!

El marqués convencido al fin de las virtudes que adornan á la angelical María, desecha su primer propósito y pone fin á la desesperación del músico de la murga, revelando su conducta y ofreciendo su mano á María, cuya boda al fin se realiza.

En resumen: el señor Eserich en su última obra nos ha ofrecido un bello ejemplo de la honradez, la virtud y el trabajo resistiendo á todas las asechanzas, triunfando de todos los peligros y obteniendo al cabo el galardón debido á sus merecimientos.

El afortunado coliseo de que me ocupé inauguró de una manera brillante el mes de noviembre, poniendo

en escena la primera obra dramática del ilustre poeta y profundo filósofo Campoamor, que hasta entonces no había codiciado nunca los triunfos dramáticos. El primer ensayo del célebre poeta, que es una nueva dolosa titulada: *Guerra á la guerra*, encierra una protesta enérgica y elocuente, una condenación justa y tremenda de los sucesos á que asistía en aquellos momentos la Europa. Campoamor no ha querido escribir un drama, sino un diálogo, consiguiendo conmover profundamente al espectador.

Para ello nos presenta dos inutilizados de la guerra que felizmente ha terminado ya: un francés, Victor, que ha perdido los piés; un prusiano, Enrique, á quien el plomo enemigo le ha privado de las manos.

Ambos, depuesto todo odio y rencor, se proponen por medio de una piadosa asociación, auxiliarse y socorrerse recíprocamente. Victor se apoyará para moverse en los brazos inutilizados de Enrique y este se servirá de las manos de aquel para proporcionarse el indispensable sustento.

El éxito de esta doliente elegía no estuvo un instante indeciso, y la obra terminó arrancando lágrimas á los espectadores.

Después de tan señalado triunfo, se representaron aquella misma noche dos piececitas, originales del señor Castillo, *Luna llena* y *el Procurador de todos*, las dos de escasa inventiva pero chistosas y fácilmente versificadas. Con la primera hizo su *debut* un nuevo actor, sobrino del inolvidable Julian Romea y que lleva el mismo nombre. El público le aplaudió calorosamente, porque si con el estudio cultivado y desarrolla sus excelentes disposiciones, podrá ser un gran actor.

A mediados de noviembre nos ofreció el coliseo Español la segunda producción del señor Perez Echevarria, aplaudido autor de *las Quintas*, con que se dió á conocer al público al inaugurarse la temporada en el teatro de Lope de Rueda. *El Centro de gravedad*, que este es su título, encierra un pensamiento eminentemente filosófico, pero su desarrollo peca por demasiado vulgar. El autor se propuso demostrar que cuando el marido no es el *centro de gravedad* en la familia, es imposible que existan en ella el orden, el sosiego, la felicidad. A pesar de los muchos lunares que oscurecen la belleza del asunto que está bien pensado, el público la acogió benévola.

Al principiar diciembre tuvimos ocasión de aplaudir una vez más al insigne poeta don Narciso Serra, que en medio de la terrible enfermedad que desde hace algunos años le aqueja, sus facultades intelectuales conservan toda su lozanía, toda su lucidez.

El drama *Perdonar nos manda Dios*, es de los más atrevidos que se han puesto en escena. En él alterna lo natural con lo extraordinario, lo monstruoso con lo sencillo. No intentaré describir detalladamente las peripecias del drama, daré tan solo una ligera idea de su argumento. En cierta aldea vive en casa de sus abuelos, modestos labradores, una joven llamada Rosario, cuya razón se ha extraviado un tanto con la lectura de las novelas modernas. Rosario, pues, dominada por las pasiones que en ella han engendrado los libros que le prestara la boticaria del lugar, vive desesperada en la esfera humilde en que ha nacido. Ama el lujo y los placeres que únicamente conoce por nocivos y exageradas lecturas, y no pudiendo alcanzar nada de lo que desea, resuelve darse la muerte. Impidela consumar el suicidio su amante Ginés, que llega á tiempo de cortar la cuerda con que pretende ahorcarse.

No bien curada de tan criminales conatos, su ambición se despierta con un incidente imprevisto y novelesco. La casualidad hace que conduzcan á la mansión de los abuelos de Rosario un caballero desconocido que han herido en el campo. Averiguan que es persona distinguida, título del reino nada menos, y la joven se dedica á cuidar esmeradamente al herido. Este, que es joven, se enamora de Rosario; pero como su condición no le permite elevarla hasta sí, resuelve robarla á su familia en premio de los favores que ha recibido. Rosario se presta á los infames propósitos del marqués, á quien solo ama por creer que á su lado podrá realizar sus sueños. El pobre Ginés celoso del rival ilustre que le disputa el corazón de su amada, se decide á declarar á Rosario sus pensamientos, pero esta no le deja la menor esperanza de correspondencia, ofreciéndole no más que el nombre de hermana. Alentada la joven por el cariño que le profesa Ginés, llega á suplicarle la ayuda en su fuga, manifestándole su firme propósito de suicidarse si no realiza sus sueños de goces y delicias. Por violento que parezca, Ginés se presta á todo y cuando el pobre abuelo de Rosario, adivinando el propósito de su nieta quiere evitar la fuga cerrándole la puerta de su cuarto, auxiliada por el bondadoso Ginés se evade por la ventana y corre alegre á Madrid á entregarse á la existencia en que cifraba su felicidad. En la corte llega á vivir en la opulencia; pero al cabo tres años el marqués la abandona, negándose hasta á reconocer á un pobre niño, fruto de aquella unión criminal. Al verse sola en Madrid y en todas partes despreciada, vuelve al humilde hogar del pueblo que la vió nacer á implorar el perdón de sus abuelos. Don Pedro se niega á concedérselo, pero más misericordiosa su abuela la prodiga los tesoros de su maternal ternura. El desairado Ginés, que aun la ama, corre á ofrecer á Rosario su puro y honrado nombre, el título de esposo, pero la joven no aceptó el sacrificio. El marqués por su parte trata de reparar su infame conducta y acude al pueblo también, pero Rosario que le odia y que padece de un aneurisma, al ver aparecer á su antiguo amante experimenta una sensación tan profunda que le ocasiona ins-

Martin, que reúne las condiciones de belleza, elegancia y comodidad. Hasta ahora actúa en él una mediana compañía, que entretiene á sus favorecedores con jugetes en un acto de los representados ya en los coliseos de primer orden.

Finalmente, á principios de la temporada, en el teatro-circo de Rivas se dieron algunas representaciones por la compañía italiana que dirige el gran trágico Mayerani. Este distinguido artista, que pertenece á la escuela del gran Salvini, se ha hecho aplaudir en cuantas obras ha ejecutado, y ha logrado despertar mas y mas la afición que desde hace algunos años manifiesta el público madrileño por las compañías dramáticas italianas.

Nada he dicho del teatro de la Opera nacional, y sin embargo, el público le ha favorecido de tal manera, que antes de dar comienzo á las funciones ya habia depositado en manos del empresario por abono á las principales localidades mas de cien mil pesos.

La compañía es excelente: figuran en ella la Ortolani, la Terni, Tamberlick, Tiberini, y se han cantado las óperas del repertorio, y en los viérnes de cuaresma la célebre *Misa* de Rossini.

Me he detenido mas de lo que pensaba á reseñar las novedades teatrales y nada tiene de extraño, puesto que durante cinco meses me he visto obligado á guardar silencio.

Por otra parte, solo los teatros han dado señales de vida. Entre las novelas últimamente publicadas figuran *el Amor de los amores*, de Eseriche, *Paris subterráneo* y *el Motín de Esquilache*, de Fernandez y Gonzalez, *Dos para dos*, de Selgas. Yo he publicado tambien una que ha editado Manini, titulada *Mendigos y Ladrones*, y otra que ha visto la luz en la Colección *la Familia cristiana* que publica el editor Perez Dubrull, titulada *Mater Dolorosa*.

Pero el gran acontecimiento literario ha sido *la Novela del Egipto*, libro admirable de don José Castro y Serrano, en el que con una forma bellísima da á conocer la vida de ese pueblo, sobre el que se ha fijado la atención con motivo de la apertura del Istmo de Suez.

Campoamor ha terminado un precioso poema en tres partes, narracion sencilla y patética que pinta á una mujer en las tres situaciones mas solemnes de su vida: el dia en que hace la primera confesion, el en que va á casarse y aquel en que baja al sepulcro. Este poema se ha leído en algunas tertulias y ha merecido grandes aplausos. Tengo noticia de que se publicará muy pronto.

No han faltado saraos y bailes.

Los juéves del Regente reunian en los salones del duque de la Torre á lo mas escogido del Madrid revolucionario.

En los de los condes de Superunda se ha reunido la aristocracia carlista y alfonsina, distinguiéndose los de aquel bando por las *margaritas* que damas y caballeros ostentaban, y los de este por las *flores de lys*.

Las funciones dramáticas no han escaseado y durante el carnaval ha habido una animacion inusitada.

El invierno ha sido cruel. Hemos tenido abundantes nieves, frios intensos, huracanes terribles, y todas las clases de la sociedad han experimentado dolorosas pérdidas.

Entre ellas hay que lamentar la del conde de San Luis, á quien hasta sus adversarios han hecho justicia elogiando su preclaro talento.

Un escritor muy estimado, don Juan Rico y Amat, falleció tambien, y á esta lista hay que añadir los nombres de los hermanos Becquer, Valeriano y Gustavo, pintor aquel, escritor este, los dos muy distinguidos y cuya muerte ha sido en extremo llorada.

Al lado de estas penas ha habido alegrías.

Se han celebrado muchas bodas, y entre ellas ha llamado la atención la de un mulato muy rico con una jóven inglesa.

La conoció en Paris, se enamoró de ella, la jóven con sus padres, huyendo de la guerra vino á Madrid, el adorador la siguió y despues de vencer muchas dificultades obtuvo el consentimiento de los padres.

La boda se celebró con gran pompa, solemnizándose con copiosas limosnas.

Faltaría á la verdad si no dijese que la buena sociedad, la que animaba los salones en el anterior reinado, vive muy separada de la que despues de la revolucion forma el mundo oficial.

Entre las familias aristocráticas de la córte las hay apasionadas de Don Carlos y Doña Margarita, y no faltan bastantes que deseen el trono para el príncipe Alfonso.

El dia de su santo se leyó en un salon una poesia dedicada al destronado niño y escrita por una ilustre dama.

Solo esta circunstancia me mueve á reproducirla, y lo hago para demostrar que el espíritu político ha invadido al bello sexo.

La composicion dice así:

RECUERDO Á UN AUSENTE.

ROMANCE

Por las bulliciosas calles
De una ciudad muy lejana,
Un gallardo adolescente
Con paso ligero marcha.



PARIS. — Aspecto del boulevard Montmartre durante la ocupacion del ejército alemán.

Vése impresa en su persona
 Notable hermosura y gracia,
 Y en su mirar penetrante
 Vivo ingenio se retrata.
 A poco el paso detiene
 Y ante un anciano se para
 Que, con balbucientes frases,
 La atención del niño llama
 Siguiendo habitual impulso
 Que pecho sensible marca,
 Este, en rápido ademán,
 Generoso don le alarga.
 Mirale el anciano entonces
 Y con sencilla palabra,
 — Pediré al cielo, le dice,
 Que colme tus esperanzas.
 Suspira el joven.

— ¡Qué! añade

El anciano, ¿ya se escapan
 A tu corazón de niño
 Señales de pena amarga?
 ¿Sufres? ¿Qué quieres?

— Hallarme

Donde mi cuna descansa,
 Ver, al despertar, los rayos
 Del sol que alumbra á mi patria.
 — ¿Cuál es?

— ¿Narráronte un día

Las memorables hazañas
 Del Cid, Pelayo, Churruca,
 Del Gran Capitán y de Alba?
 ¿Oíste hablar del noble pueblo
 Donde once Alfonsos reinaran,
 Rivalizando unos y otros
 En cualidades preclaras?
 ¿De Isabel y de los héroes
 Que conquistaron Granada?
 ¿De los que nunca á extranjero
 Poder la frente humillaban?
 Pues allí nació ¡oh anciano!
 Criéme entre aquella raza,
 Su idioma, afectos, costumbres,
 Míos son desde la infancia.

— ¿Y por qué aquí estás?

— Lo ignoro;

¡Y aun cuando indago la causa,
 En vano en mi vida busco
 Para el castigo, la falta!
 No extrañes, pues, que suspire
 Por mis hermanos de España,
 Que, aunque libertad impera,
 ¡Yo no puedo ir á mi patria!
 Y el niño, al decir tal frase,
 Sintiendo oprimida el alma,
 La bella cabeza inclina,
 Y del anciano se aparta.
 Síguete de este profunda,
 Casi radiante mirada.
 Mientras, con pausado acento,
 Murmura a estas palabras:

— Aprende lo que es la vida
 Hoy que estás en la desgracia,
 Que han de ser bien para muchos
 Los frutos de tu enseñanza.
 Viejo soy: tras las tormentas
 Siempre ví la luz mas clara.
 Niño, espera: la justicia,
 Al fin vence en tierra hidalga.

Cual el destino habló el viejo:

« Espera, y tu frente alza,
 » Que aun hay, inocente niño,
 » Pechos que su fe te guardan.
 » Del mío acoge el recuerdo;
 » Y aunque en su forma no valga,
 » Busca en él lo mas precioso,
 » Que es, la lealtad del alma. »

Las damas reparten su afición entre Don Carlos y Don Alfonso, y tanta es la animación que reina en sus campos, que van á publicarse dos periódicos: *La Margarita* el uno, *la Flor de Lys* el otro; cuyo objeto es hacer política femenil en favor de la legitimidad absoluta y de la legitimidad constitucional.

Nada diré de la nueva monarquía. Hasta ahora en palacio no ha habido mas que banquetes y reuniones de altos personajes políticos.

Don Amadeo es joven, pasea mucho y muestra buenos deseos. Pocos son los que creen que eche raíces.

Su esposa no ha llegado aun: se aguarda el resultado de las elecciones para que entre en España.

Terminaré mi revista contando la broma que el día de Inocentes dió una dama muy revoltosa á un millonario de los mas avaros.

De acuerdo con un joven mandó hacer doce esquelas de invitación suscritas por el Crespo, convidando á comer á doce personajes.

Llegó el día de la cita y todos se presentaron en el momento en que iba á sentarse el avaro á su frugal mesa.

Asombrado, les hizo la visita y á fuerza de ingenio pudo lograr que le descifrasen el enigma.

Una vez descubierta la broma, para no dar á conocer su debilidad se llevó á Fornos á sus comensales.

Estos días han anunciado los periódicos que está enfermo.

— ¿Cuál es la causa de su mal? preguntaban á su médico.

— La cuenta de un fondista; por catbre cubiertos le ha llevado 4,200 reales; pero la dieta le curará.

JULIO NOMBELA.

Madrid 1º de marzo de 1870.

Revista de Paris.

El 10 de marzo decidió en Burdeos la Asamblea nacional una cuestión de importancia suma para la capital de la Francia. Como saben ya nuestros lectores, una vez firmada la paz, se pensó en salir de Burdeos y nombrada la comisión que debía dar su dictamen en este asunto, se modificó el proyecto del gobierno que pedía la traslación á Versalles, cambiando esta residencia por la de Fontainebleau. Presentáronse tres enmiendas, dos de ellas optando por Paris y la tercera por Versalles, y con este motivo se entabló una discusión en la que tomaron parte grandes oradores, cuyos discursos se han leído en Paris con la avidez y el alto interés fácilmente concebibles, cuando se ha agitado una cuestión que muchos consideran como de vida ó muerte para el porvenir de la gran ciudad, orgullo de la civilización de nuestro siglo.

Era natural que los diputados de Paris iniciaran el debate, y con efecto, M. Luis Blanc, el que reunió en la elección el mayor número de votos, y que por lo tanto figuraba á la cabeza de los favorecidos por el sufragio de la capital, tomó la palabra el primero en la discusión general y habló con una elevación de miras y con una elocuencia verdaderamente irresistible.

Para M. Luis Blanc es una mengua el dar á la Europa el espectáculo de una Asamblea errante, que en el país que representa anda buscando un refugio.

— ¿Teneis miedo á Paris? pregunta.

— No, no, responden muchos diputados.

— ¡Ah! continúa Luis Blanc, con qué placer oigo decir: No. Quiero recordaros una frase de Maquiavelo. « Cuando se tiene que gobernar una ciudad cuyas disposiciones interiores son temibles, uno de los mejores medios, de los mas seguros, es habitarla, pues así se ven nacer los desórdenes y se puede aplicarles el remedio sobre la marcha, en tanto que de otro modo no se conocen sino cuando han crecido hasta el punto de que todo remedio es imposible. »

El diputado parisiense no cree sin embargo que Paris deba infundir tales alarmas. Si hubiera sido ese volcán de que se ha hablado tantas veces, habria hecho explosión cuando los prusianos mancharon con su presencia una ciudad que no habian tomado, sino que habia sucumbido por el hambre.

¿Y qué sucedió?

Todos lo sabemos: Paris se cubrió de luto, enarboló la bandera negra, manifestó una grande indignación; pero su indignación fué muda, su dolor fué inmóvil.

No, M. Luis Blanc no encuentra en Paris síntomas alarmantes; y en el caso en que estuviera agitado, la misma gravedad de la situación exigiria allí la presencia de la Asamblea.

« El peligro no existe, añadió el orador, pero si existiera, antes que alejarnos deberia conducirnos á Paris. Esto en lo concerniente á la seguridad de la Asamblea; y por lo que toca á su dignidad, no puede invocarse como una razón la proximidad de los cañones prusianos. El ultraje que puede haber en la ocupación de los fuertes por los enemigos, no es asunto de distancia, y no veo yo lo que ganaria nuestra dignidad alejándonos. El dolor y la humillación nos segui-

rán por todas partes, y de cerca ó de lejos los cañones prusianos estarán siempre demasiado cerca mientras estén en Francia. »

M. Luis Blanc entra seguidamente en lo vivo de la cuestión, haciéndose cargo de la oposición sistemática que se atribuye á la mayoría de la Asamblea, contra el proyecto de trasladarse á Paris, oposición ante la cual parece haber cedido el gobierno optando por Versalles.

Con efecto, el orador se pregunta si es bien seguro que la residencia provisional no se va á cambiar en residencia definitiva, si no es una etapa hácia una transformación que ciertas personas desean, en cuyo caso pide al gobierno que se explique, que declare con toda franqueza que Paris es la capital de la Francia.

No toqueis á la unidad nacional, no toqueis á la « ciudad sagrada, » dice Luis Blanc, porque Paris no se inclinaria ante esa declaración de indignidad política, sino que todos sus habitantes, ricos y pobres, niños y ancianos se unirían en un sentimiento de cólera, cuya explosión podria ser formidable. Paris concluiria por darse un gobierno, la Francia se desmembraria.

Haciéndose cargo luego de las manifestaciones revolucionarias de Paris en diferentes épocas, y que constituyen el argumento principal de los que quieren fundar otra capital política, M. Luis Blanc exclama diciendo:

« ¿Acaso los desórdenes que algunas veces se han producido pueden hacer olvidar esa iniciativa intelectual de Paris, que ha hecho tan grandes servicios á la Francia, al mundo, á la humanidad entera? ¿Debemos por esto alejarnos de Paris como si Paris no fuera la capital nacida de la Francia por la extensión de su territorio, por la cifra de su población, por el concurso de los hombres ilustres que atrae á su seno, por la majestad de sus recuerdos que conservan en la historia de su pasado, el pasado de la Francia entera? ¡Y qué momento se va á elegir para declarar á Paris sospechoso! ¡Cuando está tan próximo el día en que toda la población parisiense ancianos, niños, mujeres, las mujeres sobre todo, tan admirables como las de Esparta, acaban de sufrir sin desfallecimiento, lo que se habria creído imposible! ¡Con que ahora cesaria Paris de ser la capital! No, no es posible; debemos ir á Paris, porque Paris es la sola capital de la Francia. »

Así terminó Luis Blanc su bello discurso, que excitó en la Asamblea una viva impresión, y tanto mas profunda cuanto se sabia que sus ideas en favor de la traslación á Paris, eran en el fondo las mismas en que abundaba el gobierno.

El partido contrario, ó sea la mayoría, defendió el proyecto de la comisión, diciendo que se trataba de una medida transitoria, enaminada únicamente á dar seguridad y libertad á las deliberaciones de la Asamblea.

M. Giraud se hizo el intérprete de este sentimiento y manifestó categóricamente que la desconfianza de la Francia no se dirige á Paris, sino á esa minoría turbulenta que impone la ley en Paris. « La Francia, dijo, está cansada de recibir de Paris cada quince años una revolución por el telégrafo y los ferro-carriles; la Asamblea debe estar fuera de Paris y en un punto bastante distante, para que los alborotadores no lleguen á ella. » El orador piensa que en Versalles el peligro es el mismo que en Paris, y que debe elegirse otra ciudad central que concilie todos los intereses.

Otros diputados hablaron en pró y en contra, hasta que por fin M. Thiers usó de la palabra y pronunció un discurso, que amigos y enemigos consideran como una obra maestra.

¿Qué defensa tan irrefutable hizo de Paris contra sus eternos detractores de provincias!

Además, el discurso de M. Thiers se distingue por una habilidad suma.

El jefe del poder ejecutivo tenia que convencer á la mayoría de la Cámara, la que le presta su apoyo, su asentimiento, la base del gobierno actual, de que no era posible que ese mismo gobierno estuviese dividido como hasta aquí sin que resultaran de ello graves perjuicios para los servicios públicos, y en esta demostración natural, digámoslo así, ha presentado argumentos concluyentes.

La obra de los gobernantes es vastísima; tienen que vigilar la evacuación de los ejércitos alemanes que se efectúa con dificultades de todos los días; tienen que restablecer todos los servicios financieros, que recomponer toda una administración, lo que supone una multitud de nombramientos en todos los ramos, que exigen el acuerdo de los consejos de gabinete; y con razón, añade M. Thiers, no se puede traer á Francia á tantos prisioneros, ni reorganizar un ejército, ni enviar á los guardias movilizados á sus hogares, por medio de una correspondencia establecida entre dos partes del gobierno, una instalada en Paris y otra en Burdeos ó en cualquier otro punto distante de la capital.

El pormenor de estas imposibilidades materiales ocupa una gran porción del discurso, y se resúmen en la conclusión de que es preciso que las dos partes dislocadas del gobierno se reúnan, sin lo cual no puede haber gobierno.

Por este motivo se ha suscitado una cuestion tan grave, tan delicada, una cuestion que divide tan hondamente á los miembros de la Asamblea.

« Bien sabia yo, dice M. Thiers, que al pronunciar el nombre de Paris, nombre grande y glorioso y á veces terrible, nombre que resuena no solo en toda Francia sino en el mundo entero, ya sabia yo que al pronunciar ese nombre estallarían los disencimientos, cuando sin embargo, no hay aquí ningun partido que desconozca la grandeza de Paris, que desconozca el maravilloso servicio que Paris acaba de prestar á la Francia.

» He recorrido la Europa: he visto muchas potencias extranjeras que nos tenian grande interés, y he notado en ellas una especie de inquietud, pues si no se atrevían á socorrernos, lo cierto es que deseaban nuestro triunfo. La Europa sabia muy bien que vencidos, la faltariamos, y cada dia deploraba amargamente nuestras desgracias.

» He visto que la resistencia de Paris imprevista para todo el mundo, no para mí, reanimaba á todos nuestros amigos de Europa, realzaba la opinion que se formaban de la Francia; y he visto tambien que aquella resistencia nos engrandecia. Por mi parte, lo digo francamente, no podria sin horror de mí mismo, ser ingrato con esa valerosa poblacion que ha levantado la Francia á los ojos de todo el mundo.

» No es cierto que Paris haya sido siempre el autor de la guerra civil en Francia: por lo regular ha sido mas el teatro, que el verdadero autor de nuestras discordias intestinas. »

Sin embargo, M. Thiers no deja de señalar las faltas que Paris ha cometido, declarando que se debe decir la verdad á todos los grandes de la tierra, pueblos, naciones y reyes.

Paris ha hecho grandes y nobles cosas en lo pasado; pero tambien ha cometido faltas, que paga, añade M. Thiers, que paga muy caro; con la desconfianza de la Asamblea.

De todos modos, es preciso hacer abstraccion de las prevenciones injustas.

M. Thiers no propone que la Asamblea vuelva seguidamente á Paris, como piensan muchos de sus amigos, y muchos hombres sinceros y honorables de todas las opiniones; pero sí cree que la representacion nacional debe acercarse lo bastante á Paris para que el gobierno residente en la capital pueda ir y venir fácilmente.

Bajo este concepto, el gobierno propone Versalles para la reunion de la Asamblea.

No se trata de una residencia definitiva. La Cámara es soberana en todo y por todo, y ya que ha reservado todas las cuestiones constitucionales, ¿por qué se negaria á hacer lo mismo en esta cuestion de capital, no menos importante que las otras, adoptando entre tanto un término medio?

M. Thiers no pasó en silencio la argumentacion principal de los opositoristas, esto es, la situacion de Paris, y con este motivo hizo declaraciones interesantes no solo sobre el presente, sino tambien sobre lo futuro.

Convino en que se han hecho amenazas al orden público y trazó un cuadro del estado de las cosas digno de fijar la atencion de nuestros lectores.

« Lo que pasa en Paris, dijo M. Thiers, es grave sin duda alguna; pero hay muchos errores, mucha exageracion en las noticias que circulan. El dia en que los prusianos cometieron la falta, que quizás sienten hoy, de entrar en Paris, una emocion muy grande y concebible se apoderó de los parisienses. El general tan firme y tan cuerdo que manda la fuerza pública en la capital, creyó prudente sacar una gran cantidad de artillería de los lugares en donde los prusianos habian consentido en encerrarse. Una parte de la poblacion de Paris quiso ayudar al transporte de las piezas, y en aquel movimiento un tanto tumultuoso, se llevaron algunos cañones á ciertas alturas creyendo que se ponian así en seguridad contra las intenciones que nunca tuvieron los prusianos.

» Lo diré todo: el movimiento de la poblacion parisiense en su primer impulso no tenia nada de culpable; pero sin embargo, ha sido explotado por hombres de mala intencion, por verdaderos culpables que así quieren extraviar á la poblacion de la capital. Afortunadamente todos los dias esta poblacion comprende mas y mas aquellos planes, y conoce que habian abusado de su patriotismo: nosotros tenemos fundadas esperanzas de que al cabo comprenderá la verdad, de cuyo modo evitaremos la guerra civil. Mis colegas y yo pensamos lo mismo sobre todos los puntos de la tarea que nos ha sido confiada, y que es la reorganizacion del pais. Si el orden se turba formalmente, contad con nosotros para restablecerle con la mayor energia.

» No transigiremos con el motin; pero tampoco tenemos prisa para sumergir al pais en los horrores de la guerra civil, y si podemos evitar la efusion de sangre por medio de la actitud del ejército, por su fuerza imponente, por la calma del gobierno, con placer nos presentaremos á deciros que hemos logrado conjurar la terrible extremidad que en un momento dado asustó á la Francia. Si es preciso mantener el orden, le mantendremos á toda costa. En tanto que el poder se halle en nuestras manos, podeis vivir seguros de que la ley será respetada; pero si nos es dado evitar la

efusion de sangre, nos felicitaremos de haber resuelto la dificultad pacíficamente, y creemos que todos vosotros aprobareis nuestra conducta. »

Para todo esto necesita el gobierno concentrarse en Paris y tener cerca á la Asamblea, y así insiste M. Thiers en que la traslacion que proyectan los diputados se efectúe, ya que no á Paris, puesto que las circunstancias lo impiden, á Versalles, y no á Fontainebleau, que se encuentra en muy distintas condiciones.

La mayoría se dió por vencida en la cuestion, como sucederá siempre que en ello forme empeño el hombre en quien ha depositado su confianza.

Peró no es todo aun: el discurso de M. Thiers tocó otro punto no menos grave, no menos delicado que el de la traslacion de la Asamblea, aunque enlazado con este último de un modo indisoluble en su pensamiento.

M. Thiers hizo un llamamiento al patriotismo de todos para reorganizar el pais, obra que se cumplirá necesariamente bajo la forma republicana y que, si sale bien, asegurará la República.

¿Qué promesa mas eficaz puede hacerse á los hombres exaltados de Paris que con el pretexto de que se halla amenazada la República se hallan hoy en la actitud que acaba de describirnos el presidente del poder ejecutivo?

Si hay orden, habrá República, tal parece ser el sentido del discurso de M. Thiers, sin que por esto deje de protestar ahora como siempre, de que la Asamblea decidirá soberanamente la cuestion de la forma definitiva del gobierno. Tanto M. Thiers como los ministros se constituyen en ejecutores de las resoluciones de la Asamblea, suceda lo que quiera, y en cambio de su firme voluntad, piden que se les conceda una completa confianza y que cuando proponen la traslacion á Versalles se acceda á su deseo.

Efectivamente, así lo sancionaron los diputados por 461 votos contra 104.

La noticia de este nuevo triunfo de M. Thiers, que ha sido muy grande, no ha causado en Paris emocion alguna, porque todo el mundo se halla en la persuasion de que Versalles es una etapa hácia Paris, que seguirá siendo lo que ha sido hasta hoy, la capital de la Francia.

No hay duda que M. Thiers empleará toda su influencia para que la traslacion definitiva se efectúe en tiempo oportuno; pero entre tanto, la poblacion de Paris debe seguramente un voto de gracias al jefe del Poder ejecutivo que ha combatido con tanto talento y con tan feliz éxito la malhadada proposicion de fijar la residencia en Fontainebleau, lo que habria acabado de exasperar á la opinion pública parisiense.

Tal es el resumen de la discusion que hubo el 10 de marzo en Burdeos, que, gracias á M. Thiers, se resolvió en favor de Versalles, lo que equivale á decir en favor de Paris, contra el proyecto de la comision y el deseo de la mayoría de la Asamblea, que sin embargo, hubo de rendirse ante las razones del gobierno.

MARIANO URRABIETA.

Poesía.

LA FRESCURA.

Una fresca mañana paseando
Hallé en el fresco prado á mi querida,
De fresco tulipan la sien ceñida
Frescamente adornada meditando.

Fresca la aurora estaba derramando
Las frescas rosas que en el seno anida:
Fresca la Fany estaba embebecida
La frescura del alba contemplando.

Sentada en fresca alfombra de esmeralda
Gozando estaba del frescor del cielo,
En frescas flores abundante el alda:

Álzase en esto sobre el fresco suelo,
Y volviéndome infiel la fresca espalda
Mas fresco me dejó que el mismo hielo.

MANUEL NUÑEZ DE PRADO.

El nuevo mapa de Francia.

Lo mismo en la Lorena que en la Alsacia y en todas las provincias francesas, no habrá mas que una voz para decir que no se dispone ya de las poblaciones como de un rebaño. Los romanos, que eran competentes en materia de conquistas, tenian escrito en su código político que las reivindicaciones contra el enemigo eran eternas. *Adversus hostem æterna auctoritas.*

La máxima romana vendrá á ser ciertamente máxima francesa; pero mientras llega el dia de su resurreccion, vamos á dar á conocer á nuestros lectores los nuevos límites de la Francia republicana. Las cifras indicarán con toda exactitud las condiciones que han debido hacerse.

Hé aquí pues, el estado de los sacrificios de territorio y de poblacion en que consintió el gobierno francés para poder firmar los preliminares de paz, que han sido ratificados por la Asamblea. La cifra de la poblacion es la del censo oficial quinquenal de 1866, pues las circunstancias no han permitido que se dé á luz aun el de 1874.

	Hectáreas.	Habitantes.
Distrito de Thionville, entero	407,085	90,591
Distrito de Sarreguemines, entero	449,895	131,876
Distrito de Metz (menos diez pueblos del canton de Gorza que quedan á la Francia)	453,021	161,253
Cinco pueblos del distrito de Briey	3,587	2,485
Distrito de Chateau-Salins (menos tres pueblos del canton de Chateau-Salins y diez pueblos del canton de Vic-sur-Seille)	95,128	56,291
Distrito de Sarrebourg (menos ocho pueblos del canton de Lorquin)	402,802	64,301
Canton de Schirmeck y siete pueblos del canton de Saales distrito de Saint-Dié.	48,709	21,617
Total en la Lorena.	530,227	528,453
	Hectáreas.	Habitantes.
Departamento del Bajo-Rhin (entero)	455,345	588,970
Departamento del Alto-Rhin (menos la plaza de Belfort y trece pueblos del canton de Delle)	401,502	510,749
	857,147	4.099,719
	<i>Resúmen.</i>	
Lorena	630,227	528,413
Alsacia	837,147	4.099,719
Total general	4.487,374	4.628,432

Estas cifras son puramente materiales. Si se considera que entre las poblaciones cedidas hay tres de primer orden, Estrasburgo, Metz y Mulhouse; que se cuentan tambien plazas fuertes como Estrasburgo, Metz, Thionville, Bitché, Falsburgo, Wissemburgo, Hagenau, etc.; centros industriales como Mulhouse, Sainte-Marie-aux-Mines, Tharin, Bischwiller, Graffensadt, Mutzig, Klingenthal, Cirey, Saint-Quirin, Dieuze, Saint-Louis, Styring-Wendel, etc.; que la Alsacia y la Lorena figuran entre las provincias mas ricas en minas, maderas, frutos, etc.; y por último, que sus poblaciones eminentemente patrióticas, han suministrado siempre á nuestros ejércitos un numeroso y brillante contingente, se comprenderá lo que moralmente debe añadirse al pasivo de tan desastroso balance.

Cuando los negociadores franceses quisieron protestar contra las cesiones territoriales que M. de Bismarck pedia, este respondió, segun se dice, que se limitaba á imitar el ejemplo de la Francia, y que la cesion de la Alsacia y de la Lorena compensaba la anexion de Niza y de la Saboya.

Vamos á ver hasta qué punto esto es cierto. Queda sentado que el total general de las poblaciones de los territorios cedidos, asciende á 4.628,432 habitantes.

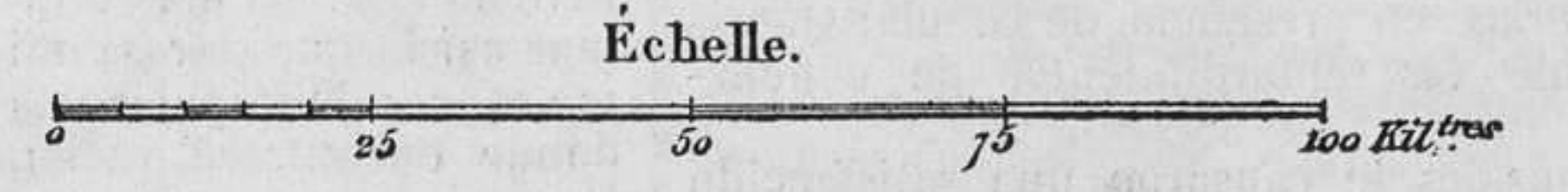
La anexion de Saboya y Niza dió á la Francia:

	Habitantes.
La Saboya	271,663
La Alta-Saboya	273,268
Alpes-Marítimos (menos el distrito de Grasse)	428,926
Total.	673,857
	673,857
Diferencia.	942,919

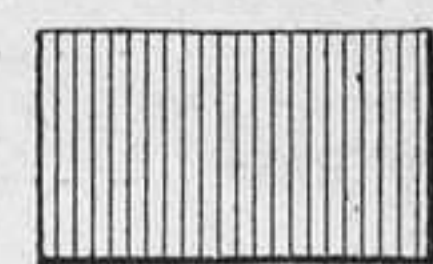
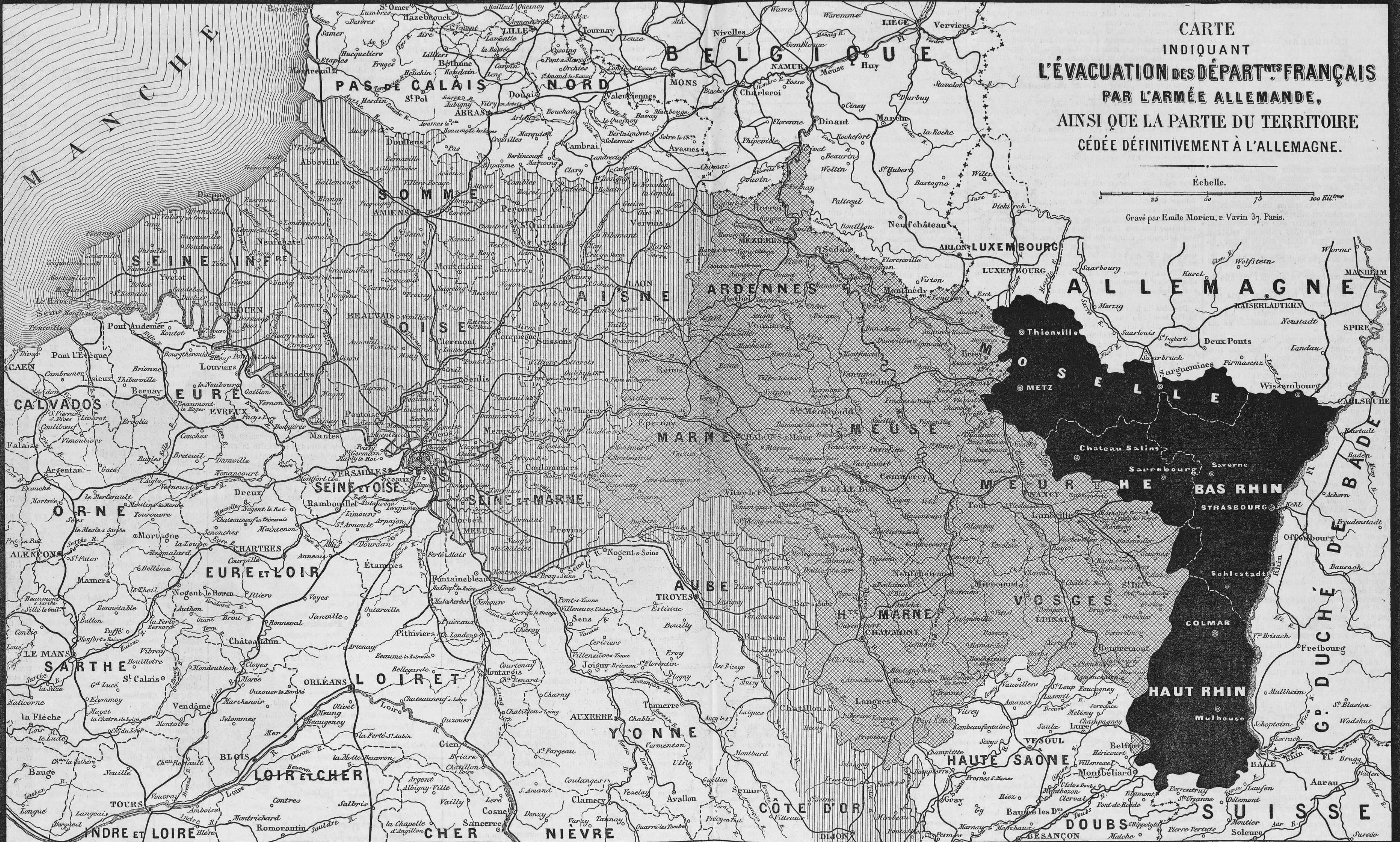
Pierde, pues, la Francia un millon de habitantes, tomando en cuenta Niza y la Saboya.

L. C.

CARTE
INDIQUANT
L'ÉVACUATION DES DÉPARTMENTS FRANÇAIS
PAR L'ARMÉE ALLEMANDE,
AINSI QUE LA PARTIE DU TERRITOIRE
CÉDÉE DÉFINITIVEMENT À L'ALLEMAGNE.

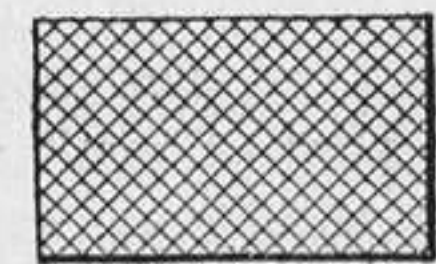


Gravé par Emile Morieu, r. Vavin 37, Paris.



Départements qui commenceront à être évacués après le paiement de 1/2 milliard et la ratification du traité de paix définitif.

Nota: Les forts de Paris situés sur la rive droite de la Seine ne seront aussi évacués qu'après ce paiement.



Départements qui commenceront à être évacués après le paiement de 2 milliards.



Partie de territoire cédée définitivement à l'Allemagne.

Mapa que indica la evacuacion de los departamentos franceses por el ejército alemán, así como la parte del territorio definitivamente cedido a la Alemania.

Escenas de la vida inglesa.

EL OBRERO.

(Continuacion. — Véase el número 946.)

XXXV.

LOS PRELIMINARES.

Coventry interceptó otras muchas cartas; pero tuvo cuidado de no leerlas en presencia de Gracia. Quería evitar en lo posible los remordimientos de concurrencia.

Los primeros mensajes le causaron una satisfacción infernal. Estaban escritos en diferentes puntos de los Estados Unidos y hacían presagiar que el corresponsal tendría que viajar uno ó dos años antes de volver á Europa rico y triunfante para casarse con la mujer que amaba.

En todas sus cartas Enrique suplicaba á la jóven que le escribiera á Nueva York.

Coventry no podía contener su alegría: un año de plazo, era para él una eternidad.

Empero llegó un día en que recibió una carta que destruyó todas sus esperanzas.

Aunque fechado en el extremo occidental de los Estados Unidos, el mensaje se hallaba concebido en los términos mas exaltados.

Enrique había vendido sus privilegios á un precio ventajoso en tres grandes ciudades; además, un rico industrial estaba para comprarle el freno para los wago- nes de ferro-carril por un precio elevado y un interés de tanto por ciento; y así que se hubiese firmado la escritura, el feliz inventor regresaría á pedir á M. Garden la ejecución de su promesa.

Enrique se quejaba amargamente de que no recibía ninguna carta de su amada; pero pensaba que tenía la culpa el correo americano que habría guardado toda su correspondencia en Nueva York.

Esta carta aterró á Coventry, quien fué á ver á Gracia y la suplicó que fijara el día del enlace.

La jóven sintió un movimiento de horror, y respondió llorando que se consideraba viuda y no volvería á casarse sino pasado un plazo desde el día en que...

— Eso si me caso, añadió con tono glacial.

Sobre esto le dejó desesperado por su precipitación.

Coventry no supo hacer mas que maldecir su suerte y esperar á que cambiase el viento, pero el viento no cambió y pasó una semana en un abatimiento y una rabia indescriptibles.

Acabó por enfermar y M. Garden le compadeció abiertamente; pero Gracia guardaba un silencio obstinado cuando se hablaba de Coventry.

Estando en cama recibió Coventry otra carta marcada con la inicial L.

Mas aun que las otras respiraba esta carta confianza, amor, seguridad del triunfo.

El lector casi se sintió desfallecer; sin embargo, se reanimó con el párrafo siguiente:

«El industrial con quien estoy en tratos para mi freno de ferro-carril exige que pase un mes en su fábrica de Chicago para que vigile y perfeccione la fabricacion del aparato. Me voy á poner pues, el delantal del obrero, y por vos, amada Gracia, lo haré con alegría. Tambien voy á vender mi procedimiento de fabricacion de hachas mecánicamente. Todo esto retrasará mi viaje, pero no será por mucho tiempo.»

Coventry respiró; podía contar con cinco ó seis semanas.

M. Garden, su fiel aliado, defendió con ardor su causa cerca de Gracia, en tanto que Coventry puso en juego toda la artillería de las miradas suplicantes y del aire abatido, de modo que entre ellos dos la hicieron deslizarse sensiblemente por la cuesta que debía precipitarla al abismo.

— Vuestro matrimonio ha venido á ser el asunto de todas las conversaciones, dijo M. Garden á su hija. Los unos dicen que se hará y los otros que no. Es menester que esto se acabe, sois libre en vuestra eleccion, pero casaos. A mí me interesa mucho Coventry, me ha dicho que viva con él cuando esté casado... ¿En dónde podré encontrar un yerno tan generoso?

— ¿De veras? exclamó Gracia. Eso está muy bien, le recompensaré por su buena intencion, como tambien porque ha defendido á mi pobre difunto; pero os pido un poco de tiempo.

M. Garden creyó que esto queria decir: «Dentro de un mes.»

Coventry recibió estas noticias con una indecible alegría; sin embargo, su impaciencia aumentaba. Al punto á que habían llegado las cosas, Little podía llegar la víspera de su enlace. Quizás el cielo en su justicia, le reservaba este castigo. ¿Quién podría decir que la copa no se rompería cuando tocase ya á sus labios?

Enrique escribió de Chicago que todo marchaba á medida de sus deseos y que se hallaba próximo á ven-

der el freno para los Estados Unidos y el Canadá mediante 50,000 dollars.

Era una fortuna.

El laconismo de esta carta parecia indicar que su autor la seguiría de cerca.

Coventry espiaba al sol en su carrera. Unas veces habría querido detenerle, otras veces la lentitud del tiempo le exasperaba. Había días en que le sorprendía la calma que reinaba en la naturaleza cuando estaba él tan trastornado. Gustoso habría dado diez años de su vida por atravesar en veinte y cuatro horas el terrible plazo que le separaba del suceso esperado con tanta impaciencia.

Por fin á fuerza de súplicas logró que se fijara el día de la boda y seguidamente á este gran triunfo llegó otra carta de los Estados Unidos.

Coventry, encerrado en su cuarto, abrió el mensaje con mano trémula y sus ojos chispearon de júbilo cuando leyó este párrafo:

«Segun mis cálculos yo deberia estar ahora en Nueva York y á punto de volver á vuestro lado; pero aun me detiene algunos días otra buena fortuna, si puedo llamar así lo que retrasa mi felicidad. ¡Oh! Amada mia, me muero de impaciencia por llegar á Nueva York, en donde encontraré vuestras cartas. ¡Ver vuestra letra, leer con los trasportes que ya siento los testimonios de vuestro fiel y tierno cariño y luego embarcarme para reunirme con vos y no dejaros ya nunca, hé ahí cuál será mi suerte dentro de una semana. Entre tanto os diré que mis negocios marchan perfectamente. He vendido por una gran cantidad mi procedimiento de fabricacion de hachas. Nuestra fortuna está asegurada, amada mia; solo este pensamiento me hace soportar tan cruel y larga ausencia.»

Prodigioso fué el efecto que causó esta carta á Coventry.

Después de una ansiedad tan profunda, se sentía ahora tan tranquilo que una alegría indecible se apoderó de él. Corrió hácia el mar y se paseó tan ligero como el aire por la playa, meditando mil proyectos.

Little podía llegar ya: Coventry sabia que él estaria casado antes... Su llegada un día después le importaba poco.

A su boda seguiría su viaje, se embarcaba en Doubres, y luego iría á Paris, á Roma, á Atenas, á Constantinopla, con el fin de sustraer á su esposa á las influencias del pasado. El día en que llegara á su conocimiento la noticia fatal, Gracia estaria ya trasformada y le perdonaría todos los crímenes en favor de su amor. Creía conocer lo bastante el corazón femenino para tener esta certeza.

Coventry volvió de su paseo muy animado, y al entrar en la sala encontró á M. Raby de pié, con el sombrero en la mano y despidiéndose de Gracia que parecia haber llorado.

— Os felicito, le dijo el squire; tendré el honor de asistir á vuestro casamiento.

— Vuestra presencia no podrá menos de aumentar mi felicidad, si eso es posible.

Coventry acompañó al squire hasta su carruaje.

— Las mujeres son unos seres bien inexplicables, dijo M. Raby encogiéndose de hombros.

— Pues á mí me parece que todo tiene su explicacion, replicó Coventry; Gracia se habia comprometido hacia mucho tiempo.

— ¿De veras? Lo habia olvidado. Os saludo, M. Coventry.

Se alejó y Coventry volvió al lado de Gracia que halló en su puesto acostumbrado bajo la baranda, con los ojos fijos en el mar.

— ¿Qué os decia mi padrino? le preguntó.

— Me felicitava recordando que en Raby-house habia lucido la aurora de mi felicidad.

— ¿Os ha dicho que se efectuará en Woodbine-villa?

— ¿El qué?

— El casamiento, dijo Gracia con una repugnancia visible y sonrojándose.

— No, pues le habria respondido que no era probable.

— Os engañais, yo quiero casarme en casa de mi padre y quiero que bendiga mi matrimonio el doctor Fynes que casó á mi padre y que me ha bautizado.

— Apruebo el último proyecto puesto que es vuestra idea, amada Gracia; pero en Woodbine-villa hay tantos recuerdos dolorosos, que creo seria preferible que viniese aquí el doctor Fynes.

— Yo quiero casarme en Woodbine-villa y os suplico que no os opongais.

— No quiera Dios que yo me oponga á ninguno de vuestros deseos... Sin embargo, espero que reflexionareis, dijo Coventry, que tenia sus razones para alejar á Gracia de Hillsborough.

— Lo he reflexionado tanto, que he escrito ya al buen doctor y á todas las personas á quienes deseo ver en mi boda. Esta casa es demasiado pequeña para recibir á todos nuestros convidados. Además, creo que la eleccion de lugar corresponde á la novia y á su familia.

— Sin embargo...

— Basta, así lo quiero. Vuestra resistencia me extraña. No tengo ningun empeño en casarme; me caso por obedecer á mi padre y renuncio al matrimonio si no se me concede esa inocente satisfacción.

Y pronunció estas palabras con un tono tan firme que Coventry, haciéndose el humilde, juró á la jóven que sus voluntades serian cumplidas.

Aquel mismo día Gracia trató la cuestion con su padre, y M. Garden, que era completamente de su opinion, pidió á Coventry que desalojara pronto la casa, en

razon á que él queria ir á habitarla con su hija una semana antes de la boda.

— Me parece, dijo Coventry tímidamente, que bien me podriais dejar un rinconcillo. ¡Ah! ¡Me cuesta tanto salir de esa casa!...

— ¿Qué decís? ¿No sabeis que es contrario á todos los usos que vivan bajo el mismo techo los jóvenes que van á casarse?

No habia réplica.

(Se continuará.)

Una expedicion á San Miguel del Fay.

(Continuacion. — Véase el número 946.)

Habíamos salido al trote de tres caballos de la ciudad condal, envueltos como los dioses antiguos en una nube de polvo, y no tardamos en deternos al pié de la colina de Moncada, que desgajada de los vecinos montes, parece un paje de honor que sostiene una de las puntas de la alfombra de vegetacion tendida por el valle á las plantas de la señorial condesa.

Artistas y viajeros hubiéramos faltado á la veneracion debida á nuestros abuelos y osado á la fe de nuestras creencias, si no hubiésemos subido á saludar el viejo castillo, fortaleza catalana, desde la cual un puñado de héroes cristianos resistiera un día el ímpetu devastador de la morisma, presentando sus desnudas murallas como roca inamovible donde debian estrellarse los combinados y numerosos ejércitos de cuatro reyes moros.

Allí donde tremolaba antes el pendon de la cruz, alza hoy sus descarnados brazos un misterioso telégrafo y solo quedan algunos lienzos de murallas y algunos derruidos torreones del castillo feudal de los Moncadas.

De su puerta no cuelga ya la bocina, no estremece sus bóvedas el relincho bélico de sus caballos, no tiemblan sus muros bajo las sonoras pisadas de hombres cubiertos de hierro, no despierta los ecos de las montañas vecinas el grito de guerra de ¡San Jordi! ¡firam! ¡firam! lanzado por huestes valerosas al aprestarse para el combate, ni en su torre del homenaje, por fin, la bandera de grana de don Hugo despliega sus milagrosos siete panes.

Llovía deliciosamente mientras trepábamos por la colina; una lluvia fina y helada atravesaba nuestros gabanes; circuló de boca en boca la órden de envolvernos en los sobre-todos.

— Primer buen efecto del uniforme, dijo con su voz irónicamente grave Camprodon, el poeta *byroniano*; utilidad de los sobre-todos *ad libitum* marcados en las esquelas de convite.

Al llegar á lo alto del monte tend mos la vista por la llanura en que tan funesto descalabro sufriera el conde Borrell, y en donde el miramolin de Córdoba junto con los reyes moros de Tortosa, Lérida y Mallorca, hizo tal derrota en los cristianos, que á pocos días se rendía la ciudad de Barcelona y sucesivamente iban cayendo en poder de los infieles todas las poblaciones y lugares del condado, excepto los aguerridos castillos de Cervellon y Moncada.

No sé á quién de nosotros le ocurrió talarear cuando tal hecho recordábamos, aquella sabida copla de

Vinieron los sarracenos

Y nos molieron á palos...

Sin duda algun curioso viajero habia tenido la misma idea, y recordando el mismo hecho, habíale acudido á la mente la misma copla, pues que luego la vimos escrita con letras rojas en un lienzo de pared.

A la sombra del pendon de la cruz enarbolado en Moncada, fueron juntándose y replegándose las partidas de dispersos guerreros que cayeron luego sobre la vega y reconquistaron á Barcelona, con ayuda de San Jorge, que segun cuentan cándidamente los cronistas, apareció visiblemente á nuestros catalanes en aquella batalla.

Románticas consejas y curiosas tradiciones se cuentan sobre Moncada, y es curioso para el poeta viajero, tendido al pié de un resto de torreón, escuchando el rumor del viento que gime entre las ruinas, separarse del mundo, y aislado en los recuerdos históricos, seguir en todas sus brillantes fases el pasado de esa vieja fortaleza, que continuamente erguida en el valle, continuamente parece tener fijos sus ojos de piedra en la remozada Barcelona que, con rubor de sus canosas bóvedas, cada noche hace subir hasta ella con las últimas emanaciones de las flores del valle los primeros ecos de sus orgías y cantares.

Peró antes de pasar adelante y de internarnos en ese laberinto de tradiciones, escritas algunas de ellas con caracteres de sangre en la historia tan ilustre como sombra del castillo de Moncada, forzoso es dar explicaciones á los lectores que no lo sepan sobre la frase que hemos escrito mas arriba cuando hemos dicho; *ni la bandera de grana de don Hugo despliega sus milagrosos siete panes.*

Y se las daremos, aun cuando tengamos luego que retroceder á mas remotos tiempos para contar lo que tenemos ideado decir.

Por largos siglos fueron blason de la casa de Moncada las armas de Baviera, de uno de cuyos duques se dice ser hijo el Dapifer de Moncada que entró en Cataluña con sus compañeros los barones de la fama, y tales eran las que usaban los Moncadas que con el rey Don Jaime partieron en 1227 á la memorable conquista de Mallorca.

Cuatro fueron los Moncadas que acompañaron al rey en esta conquista, hijos los tres y nieto el otro de don Pedro de Moncada, casado con doña Brígida de Pinós, la mas hermosa doncella de España, la de los cabellos dorados como madeja de oro fino, segun dicen las crónicas, la misma á la cual fueron los Bearneses á pedir un hijo para la huérfana vizcondesa de Bearn, á quien deseaban enlazar con un caballero de su estirpe.

De los cuatro Moncadas que hemos dicho haber partido con el conquistador, tres perecieron por su señalado arrojo en las refriegas contra los moros, y este es el motivo porque ya en el sitio de la cueva de Artá, donde se habia refugiado gran número de infieles, solo encontramos á uno de esos valientes nobles catalanes, don Hugo, en cuya tienda se presentó un dia inopinadamente el rey Don Jaime.

En el campamento de los cristianos hacia ya dos dias que faltaban casi completamente los víveres, pero sabedor el monarca aragonés que habia pan en la tienda de don Hugo, se dirigió á ella con don Nuño Sanchez y mas de cien caballeros.

Al ver el de Moncada la honra que merecia del rey, levantóse apresuradamente para recibirle, y enterado que fué del motivo que allí conducia al monarca, quitóse la capa de grana que llevaba puesta y la tendió en el suelo, colocando sobre ella siete panes solos que tenia, los cuales ofreció caballerosamente al rey y á su comitiva siendo tanto el milagro, dicen los cronistas, que de los dichos siete panes comieron mas de ciento y cincuenta caballeros.

En memoria de tal hecho tomaron los Moncadas por armas siete panes de oro en campo de grana.

Y ahora que sabemos esto, pasemos á recorrer las páginas del libro misterioso que nos abre su castillo.

II.

LA COPA DE VINO.

Los Moncadas, con perdon sea dicho de su preclaro apellido, se han distinguido siempre por su rebeldía, y el carácter turbulento de esos ilustres vasallos ha dado que hacer mas de una vez á nuestros regios condes, levantando tambien mas de una vez encarnizados bandos en nuestra patria.

Ya en 1134 vemos los castillos de Moncada y San Lorenzo alzar el pendon rebelde contra el conde de Barcelona don Berenguer Ramon IV, con motivo de haber mandado un dia á sus vasallos el senescal don Guillen Ramon de Moncada destruir la acequia y conducto que proporcionaba el agua del Besós á los molinos del conde. Fundábase el senescal en que teniendo origen dicho conducto en la acequia que pasa por debajo del castillo de Moncada, le causaba notable daño y perjuicio el agua que se tomaba el conde para sus molinos, quitándosela á los suyos.

Segun la crónica, hubo de ello gran enojo el conde, y entonces el de Moncada recurrió á las armas y se amuralló en su castillo, haciendo fortificar tambien el de San Lorenzo, cerca de Tarrasa, negando el vasallaje á su señor y declarándose independiente.

Por aquel entonces fué cuando tuvo lugar una terrible escena bajo las bóvedas del castillo señorial, uno de esos terribles dramas feudales que los cronistas han procurado disfrazar y ocultar dándole una version distinta enteramente.

Levantando el pendon de rebeldía contra el conde de Barcelona, proclamada la guerra civil en Cataluña, Guillen de Moncada llamó en su auxilio á sus amigos y deudos, que con armas, hombres y dinero corrieron á agruparse bajo su señorial bandera.

Entre los primeros que acudieron, contábanse Rimbald de Baseya, Bernardo Guillermo de Vezia, Pedro Udalardo, Bernardo Gilaberto, Beranger de Queralt y Guillermo de San Martin; Guillermo de San Martin, noble caballero, que habia mas de una vez cantado trovas de amores bajo las ventanas de doña Beatriz, antes de que esta hermosa dama uniera su suerte á la de Guillen de Moncada.

No ignoraba el castellano esa circunstancia de los juveniles dias de su esposa, y sintiendo á la vista de su antiguo rival rasgar su corazon la punta de los agudos celos, recibió con las cejas fruncidas y la mirada torva el juramento de fidelidad y pleito homenaje que le rindió Guillermo de San Martin.

Segun uso y antigua costumbre en la casa de Moncada, al disponerse los nobles caballeros para alguna peligrosa correría ó aventurada expedicion, celebraban un banquete en la sala de armas, á cuyos postres se presentaba la castellana de Moncada con una copa llena de sabroso vino que ofrecia á uno de los huéspedes, dando con esto á entender que quedaba nombrado jefe de la expedicion el favorecido.

Poética y caprichosa costumbre que dimanaba del fundador de la familia, uno de los nueve aventureros

barones que con Otjero habian entrado en Cataluña para arrojar de ella á los moros.

El senescal habia dispuesto correr las tierras de algunos caballeros mas adictos al conde de Barcelona, y principiar por las de Ramon Bernardo de Ripollet, su particular enemigo.

Al tratarse de esta expedicion, celebróse el banquete de costumbre y las antorchas clavadas en los garfios de hierro de la pared iluminaban ya con fantásticas tintas los rostros de los convidados á quienes la noche habia sorprendido en el festin, cuando abriéronse las puertas de la sala para dar paso á la hermosa Beatriz de Moncada que, precedida de sus pajes, entró en la habitacion con severo continente y majestuoso ademan.

Llevaba en la mano la copa cincelada que debia ofrecer al futuro jefe de la expedicion, y detúvose un momento en el umbral como para escoger el noble caballero que debia trocar en venturoso capitán.

Entonces fué cuando en medio de aquellos guerreros de morenos rostros y marcadas facciones, vió destacarse una fisonomía dulce y blanca, de suaves contornos, á la que daban una poética expresion los puñados de negros rizos que en profusion bajaban á besar su moreno cuello desnudo por la ausencia de la armadura.

Claváronse sus ojos en aquel rostro que le sonreía como un grato recuerdo de su infancia, y atraída por una de esas simpatías desconocidas al corazon en el acto mismo de obrar, adelantóse gravemente y ofreció la copa al gallardo caballero, el cual halló en sus ojos una mirada de desdenosa fiera que pasear por el círculo de ilustres guerreros que le rodeaban, antes de mojar sus labios en el vino exquisito que por la bella castellana le era presentado.

Hubo entonces un murmullo de desaprobacion y de asombro que no fué reparado ni por Guillermo de San Martin, entregado por entero á la satisfaccion de su orgullo presente, ni por Beatriz de Moncada, entregada por entero á las dulces memorias de su deleitoso pasado.

La copa, despues de haber mojado en ella los labios el elegido, debia correr á la redonda para que á su vez, templando en ella sus labios todos los caballeros, manifestasen con ese mudo asentimiento recibir por jefe en aquella expedicion al nombrado por la hermosa castellana.

Aquella vez cuando la copa, despues de haber circulado en torno á la mesa, llegó á manos de don Guillen de Moncada, este la arrojó con furor al suelo y levantándose repentinamente, dió por terminado el convite y por aplazada la correría que á tierras del de Ripollet se proyectaba.

Á la mañana siguiente, uno de los hombres de armas se presentó al senescal para decirle que aquella noche, al efectuar su ronda por las murallas del castillo, su atencion habia sido despertada por dos ocurrencias extrañas y que el buen soldado no acertaba á explicarse. Primeramente, al pasar una vez junto á la torre señalada para habitacion de la noble doña Beatriz, habia oido entonar por una voz dulce y desconocida unas endechas amorosas, y al acercarse al sitio de donde partiera la voz, habia cesado el canto misterioso, viéndose huir una sombra por la revuelta del muro, á tiempo que de la ventana de doña Beatriz se desprendia un pañuelo blanco que el soldado habia cuidadosamente recogido.

No habian parado en esta sola las aventuras nocturnas. A un centenar de pasos mas adelante, el hombre de armas encontró muerto de una puñalada al centinela que sin duda se habia opuesto al paso del bulto misterioso, que cantaba bajo las ventanas de doña Beatriz, y á quien biciera huir precipitadamente la proximidad de la ronda.

Para prueba de estas dos circunstancias, el soldado dejó en manos de su señor el pañuelo caído de la ventana, y el puñal que habia causado la muerte del celoso centinela.

En el pañuelo conoció el senescal el de su esposa, y en el puñal vió grabadas las armas y la cifra de Guillermo de San Martin.

Seis dias despues de esta escena, don Guillen al reunir á sus nobles y amigos para una salida que intentaba, con objeto de sorprender á una partida de hombres de armas que se habia apostado en el vecino campo de Matabueyes, vió lucir en el pecho del de San Martin una banda con los colores de Beatriz. Ya por una de las doncellas de esta tenia noticia el de Moncada de estarse bordando esta banda.

Bastó aquella imprudencia del joven caballero, para que tomaran incremento en el alma del senescal los celos, y mas que todo los recelos que incansablemente le roían de algunos dias á aquella parte.

Conjeturas y suposiciones, todo desde entonces pasó á ser una realidad para don Guillen, que creyéndose ofendido en lo mas caro de su honor, determinó tomar pronta y cumplida venganza.

Así es que aquella misma noche, mientras hacia por mano de sus escuderos encerrar á doña Brígida en una profunda cueva del castillo, dirigióse él á la habitacion de Guillermo de San Martin donde entraba acompañado de Bernardo Gilaberto y Pedro de Udalardo que se ofrecieron á seguirle.

Despertó sobresaltado el joven caballero al ver entrar á deshora en su habitacion á tan inoportunos huéspedes, y helóse la sangre en sus venas al ver al pié de su cama la figura severa y fria del senescal.

Este, al notar que el de San Martin se sentaba precipitadamente en el lecho, mudo de terror, se adelantó silencioso hasta la cabecera de la cama.

Entonces Guillermo de San Martin retrocediendo vivamente y erizados los cabellos, exclamó con voz sombría.

— ¿ Venís acaso para asesinar-me ?

Una sonrisa de desprecio vagó en los labios de don Guillen que se contentó con replicar :

— ¡ Los Moncadas no asesinan !

Y bajándose, recogió la espada del de San Martin que estaba á la cabecera de la cama, y se la presentó por el puño invitándole á vestirse prontamente, por tener, dijo, que arreglar con él una deuda de honor en presencia de los dos nobles testigos que en su compañía habian venido.

Guillermo de San Martin se negó á batirse y no le pudieron obligar á ello ni las súplicas de los testigos, ni las injurias del senescal, ni el haberle este cruzado el rostro con un latigazo de su espada que levemente le hirió.

Entonces, exasperado don Guillen por aquella obstinada negativa y viendo que nada era capaz de decidir á aquella alma, rebelde á la voz del honor, mandó subir á los mismos escuderos que de tan triste mision habian sido encargados con respecto á doña Beatriz, y dispuso que el caballero fuera bajado y encerrado en la misma cueva que su esposa, para que ambos murieran de sed y de hambre.

Y en efecto, luego de cumplida su voluntad, sin resistencia por parte de Guillermo de San Martin, la boca de la cueva fué tapiada con enormes piedras, de modo que les fuera imposible á los presos no solo sa salida sino toda esperanza de salvacion.

Don Guillen ignoraba una cosa sin embargo, ó á lo menos su cólera le cegó hasta el punto de no dejársela recordar.

La cueva, atravesando por bajo del rio Besós, iba á salir á orillas del mar, y esta circunstancia olvidada por el senescal, salvó á aquellos dos ilustres cautivos que corrieron á ampararse y ponerse bajo la proteccion del conde de Barcelona, el cual poco tiempo despues influyó para hacer anular el matrimonio del senescal con doña Beatriz y casaba á esta con Guillermo de San Martin, mientras que algunos reveses hacian refugiar en Aragon á don Guillen de Moncada.

Pero no se crea que es esta sola la misteriosa tradicion que se cuenta del castillo de Moncada, no; afortunadamente para la poesia, esa ilustre raza de turbulentos señores, ha dejado mas de una hazaña á la historia y proporciona mas de un héroe al drama.

Mientras pisábamos las ruinas de aquel sombrío castillo, recordaba yo un sangriento episodio y una cabaleresca leyenda en donde figuran como héroes principales sus moradores, los descendientes de don Guillen el rebelde, los hijos de esa raza gigantesca de titanes caballeros, que como las águilas, fueron á construir su habitacion en lo mas elevado de una colina, para poder sobrepajar cuando no en grandeza, en altura al menos, á los condes de Barcelona.

Episodio y leyenda formarían parte de otro capítulo, si mis lectores no se cansan en seguirme en esa expedicion á San Miguel del Fay, á cuyo santuario hemos de llegar con ayuda de Dios aun cuando nos detengamos un poco por el camino.

(Se continuará.)

VICTOR BALAGUER.

Un viaje á Estrasburgo

DURANTE EL ARMISTICIO.

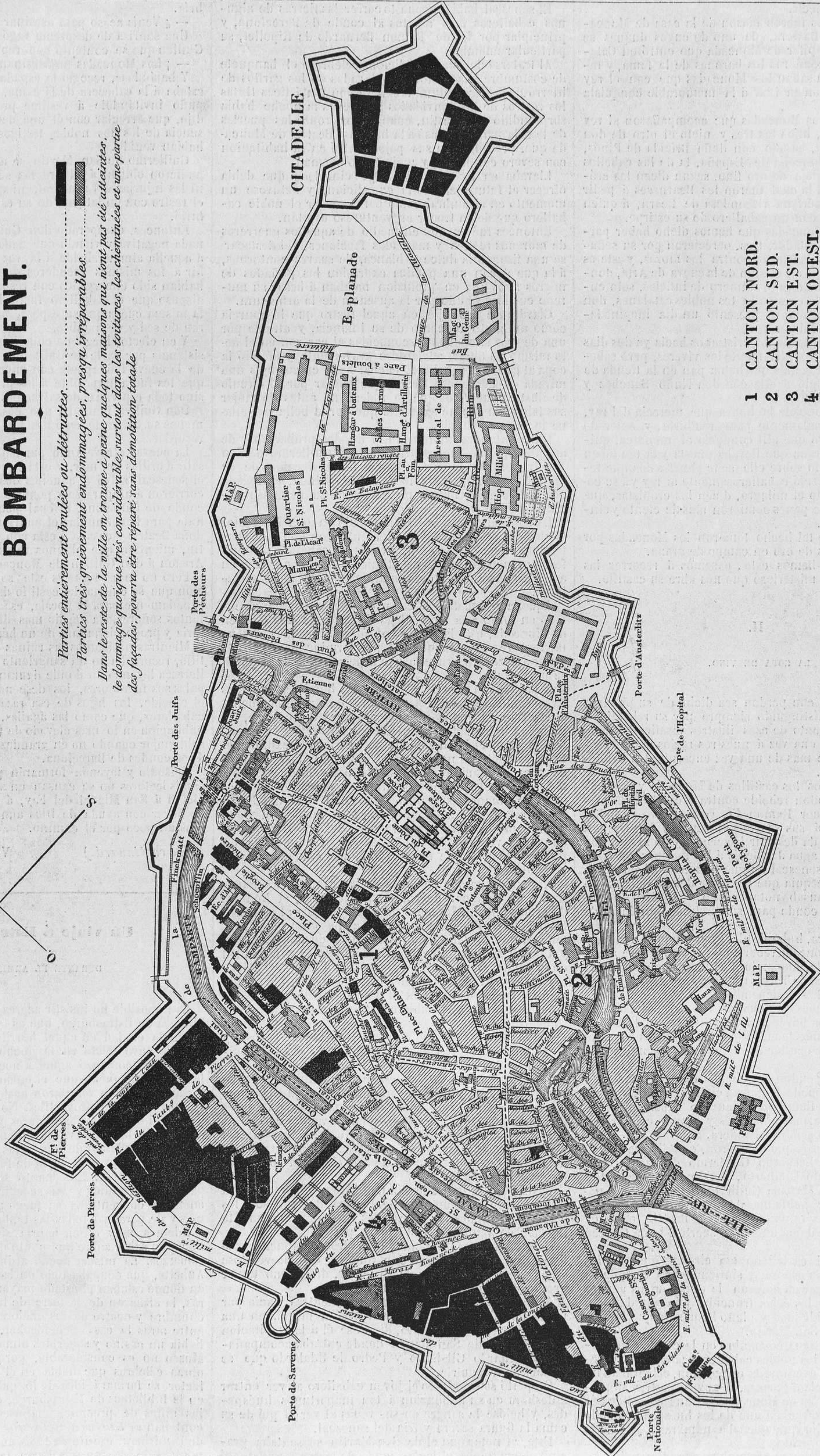
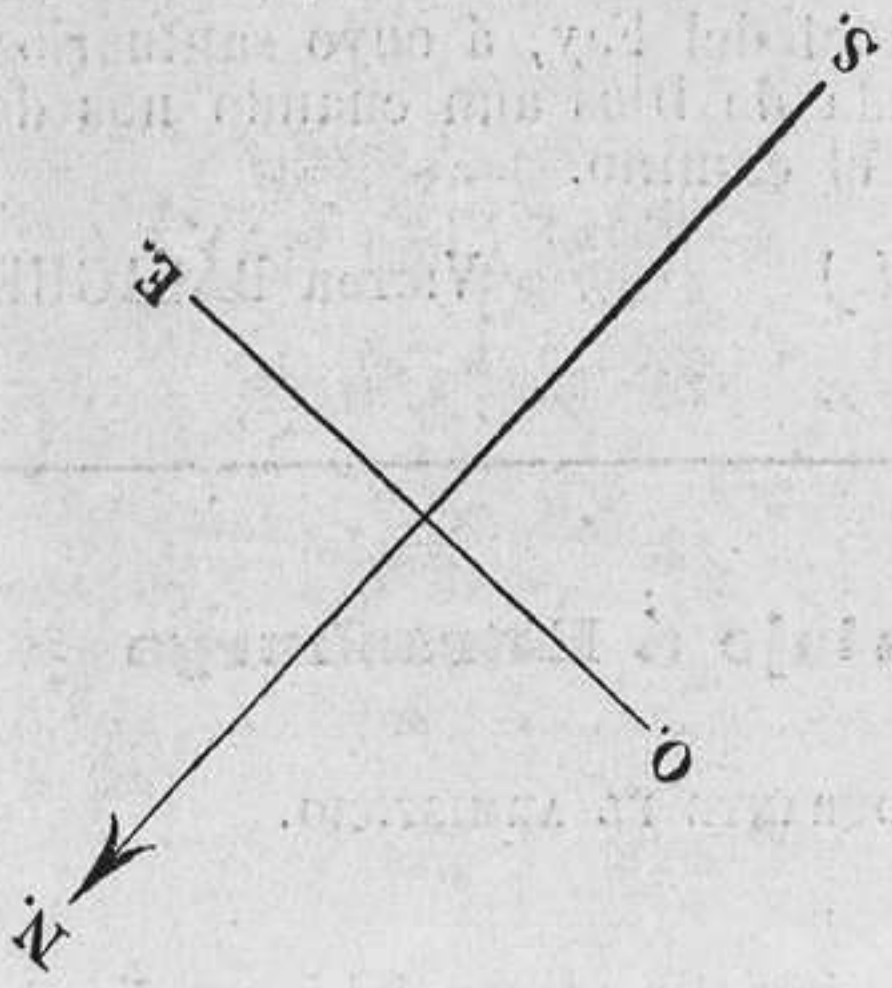
Es imposible no insistir acerca del incendio de la Biblioteca de Estrasburgo, que es la mayor desgracia que sufrió la ciudad en aquel horrible bombardeo. La catástrofe tuvo efecto en la noche del 24 de agosto. El bombardeo comenzó aquella noche á las ocho, y todas las bocas de fuego que el enemigo habia reunido en torno de la plaza vomitaron hasta las doce de la mañana sus horribles proyectiles. No hubo un instante de tregua ni silencio. Las mujeres y los niños lloraban y rezaban en las cuevas; los hombres estaban sombríos, abatidos, cuidando de sus casas ó tratando de correr al incendio bajo una lluvia de fuego; pero era imposible todo socorro. En cuanto se declaraba en alguna parte el incendio (y así sucedió en la Biblioteca), el enemigo concentraba su fuego á fin de activar las llamas y de paralizar todas las tentativas de auxilio.

Además, muy difícil habria sido en aquella terrible noche el saber sobre qué punto debian concentrarse los esfuerzos. La misma noche ardian el vasto edificio de Aubette, que ocupaba todo un lado de la plaza Kleber y en donde estaban el estado mayor y el Museo de pinturas, la armazon de la torre de la catedral y toda la techumbre y cuatro de las mejores casas de la ciudad, entre otras la casa Scheidecker, en el Broglie, donde habia un casino y soberbios almacenes. La pérdida del Museo no es considerable, porque era pequeño y las obras célebres que habia en él eran escasas; pero el lector se formará idea de lo que ha perdido la ciencia en la Biblioteca de Estrasburgo, cuando sepa que entre los miles de preciosos manuscritos que contenia, se contaban el *Hortus deliciarum* de la abadesa Herrad, de Landsberg, escrito en 1280; una coleccion de leyes canónicas de 788; un misal con los blasones de Luis XII y toda la coleccion de las constituciones de Estrasbur-

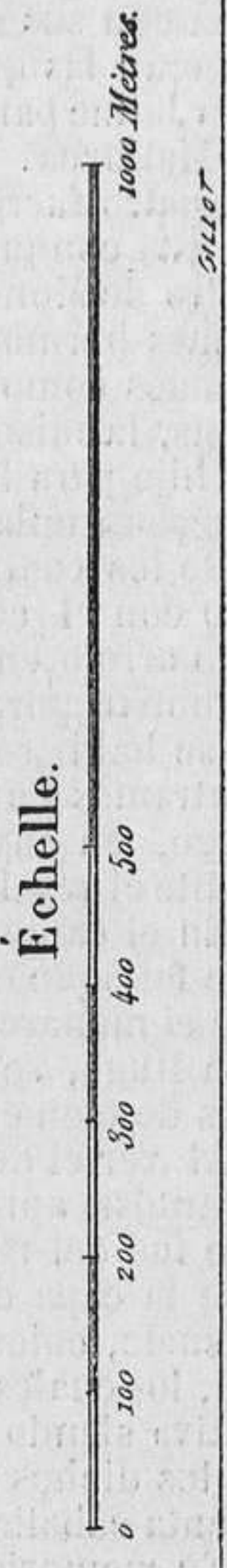
STRASBOURG

après le
BOMBARDEMENT.

Parties entièrement brûlées ou détruites.....
Parties très-grièvement endommagées, presque irréparables.....
Dans le reste de la ville on trouve à peine quelques maisons qui n'ont pas été atteintes, le dommage quoique très considérable, surtout dans les toitures, les cheminées et une partie des façades, pourra être réparé sans démolition totale



- 1 CANTON NORD.
- 2 CANTON SUD.
- 3 CANTON EST.
- 4 CANTON OUEST.



1000 Mètres.

ESTRASBURGO DESPUES DEL BOMBARDEO.

go, preciosidades que, con otras muchas, eran únicas en el mundo. La ciudad de Estrasburgo se negó á enviar uno de sus manuscritos á la Exposicion universal de 1867, y eso que ofrecieron en garantía la suma de 300,000 francos. Cualquiera de sus manuscritos valia mas. ¡Qué afrenta para la sábia Alemania que ha destruido todo eso!

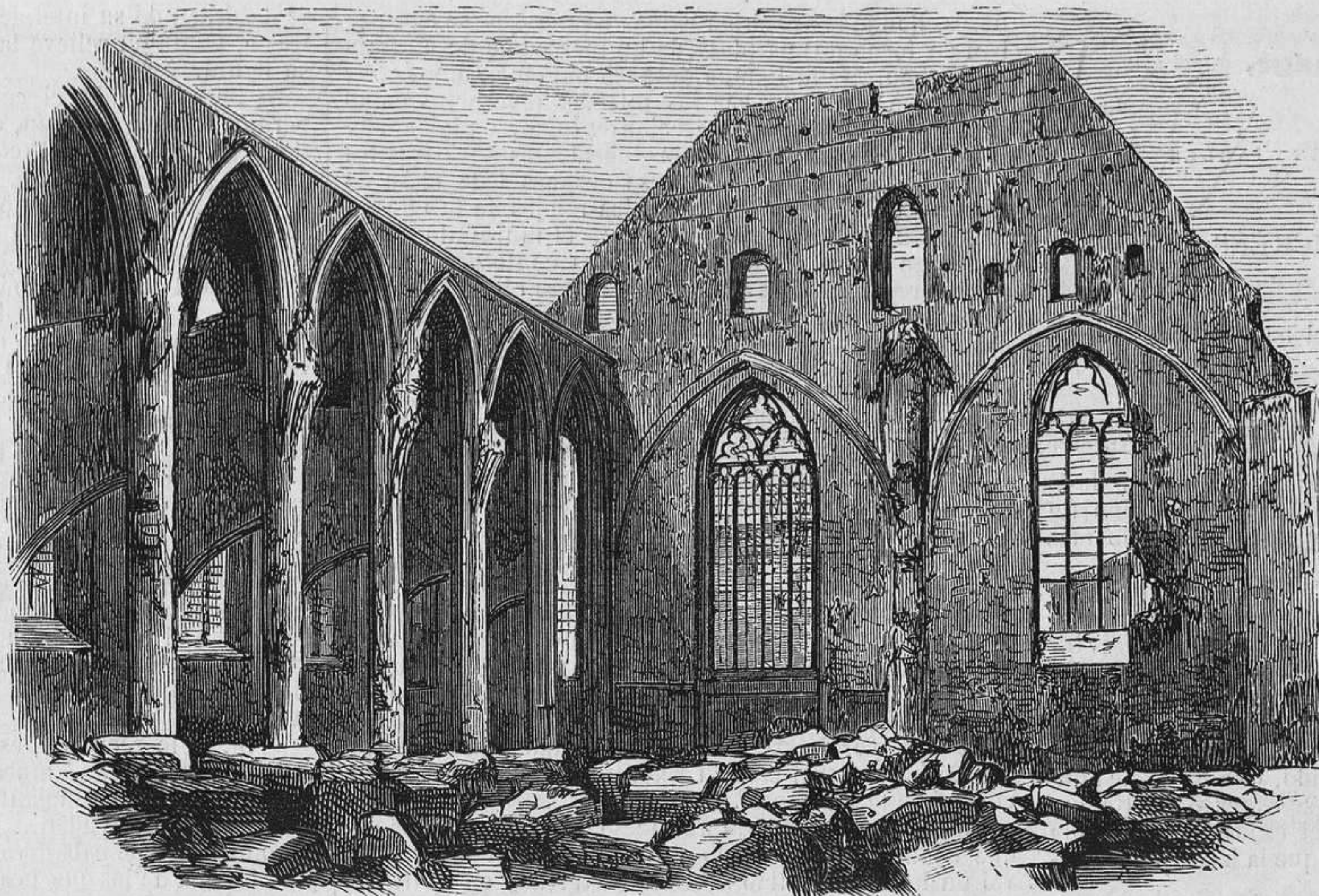
El 4º de setiembre ardió el teatro. Una enorme y densa columna de humo que se elevó á eso de las once de la noche anunció que habia estallado otro terrible incendio, y muy luego se supo que ardia el teatro. Se luchó lo mas que se pudo contra el fuego, que los proyectiles activaban sin cesar; pero al fin triunfaron las bombas y las llamas invadieron el escenario. Hallábanse allí arrollados una porcion de telones de fondo que suministraron al fuego un ter-

rible alimento. El tablado del escenario y toda la maquinaria de madera se prendieron en un instante, y las llamas atravesaron muy pronto la techumbre.

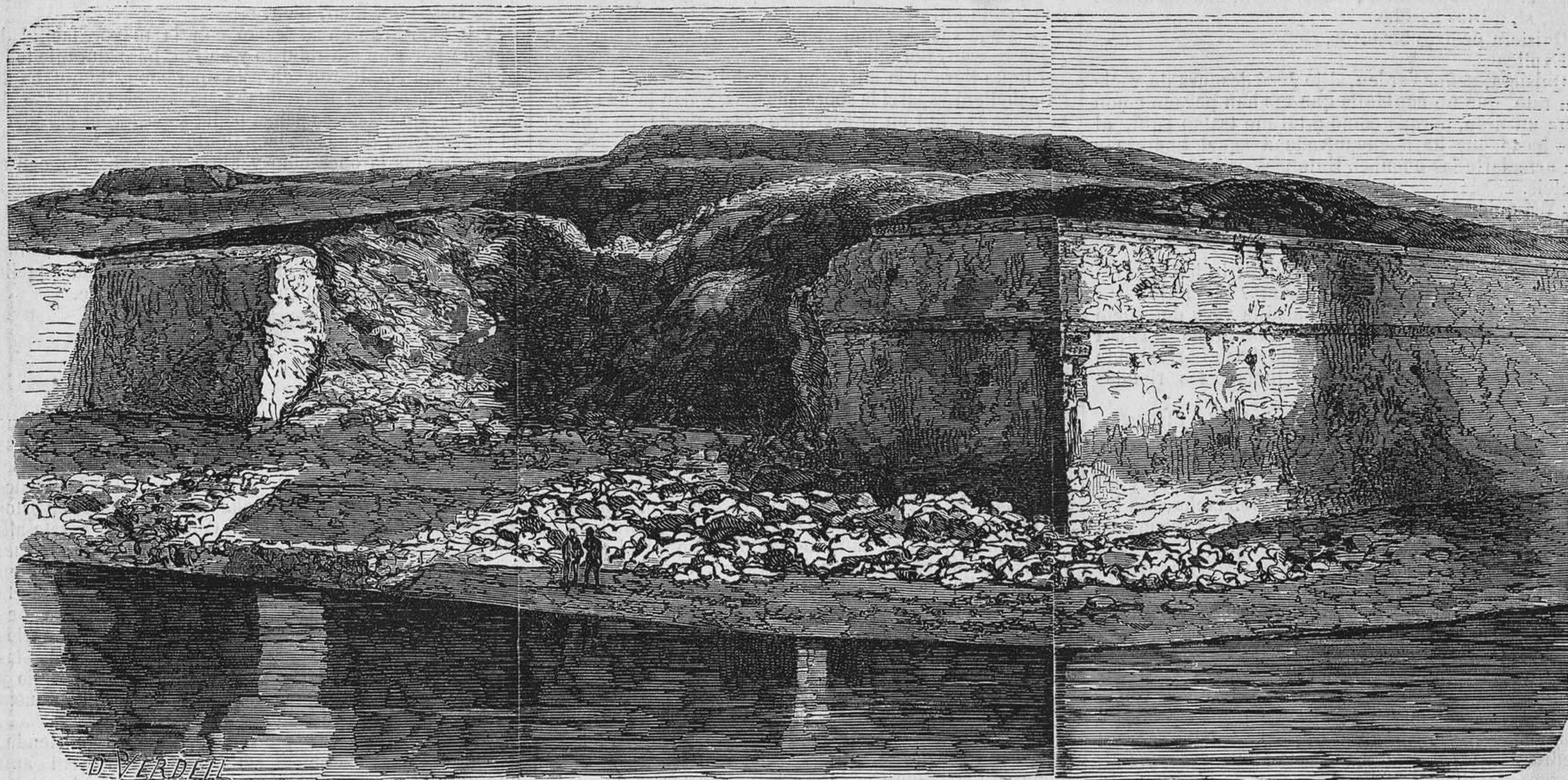
Algunos centenares de personas arruinadas por el bombardeo se habian refugiado en las cuevas y los corredores del teatro y tuvieron que abandonar allí sus camas: el incendio alumbró su fuga.

En el día no quedan del teatro mas que las cuatro paredes, y apenas se puede distinguir en el interior el puesto en donde estaban los palcos, las galerías y el escenario. La sala se habia restaurado magníficamente un año antes: una hermosa araña que se acababa de comprar, cayó de la inflamada techumbre haciendo un ruido formidable.

El bombardeo duró cuarenta y seis días: cuatro barrios de los mas populosos, fueron redu-



Estrasburgo despues del bombardeo. — Aspecto interior de la Biblioteca.



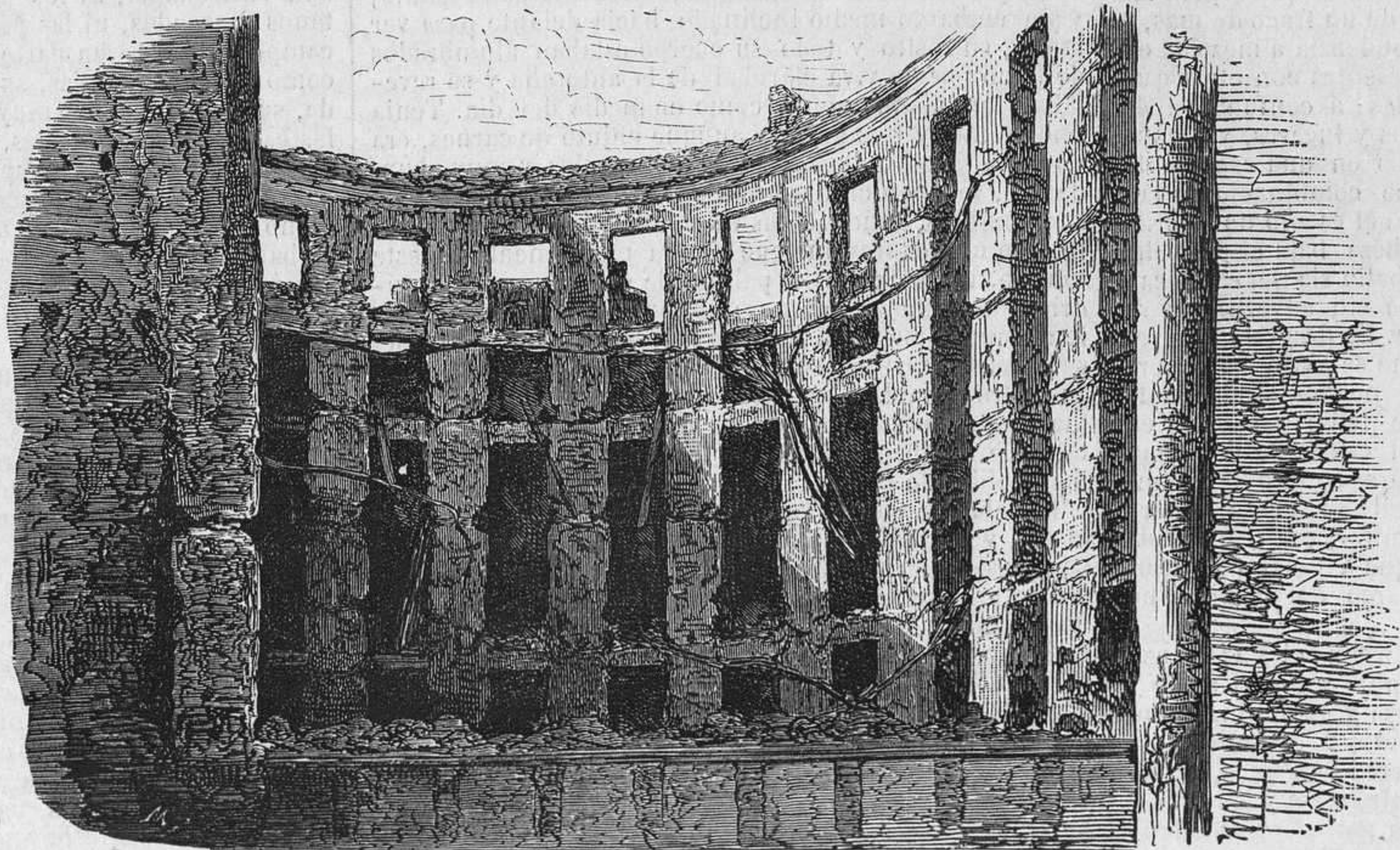
La Brecha (bastion No 11.)

cidos á escombros, además se incendiaron quinientas casas, y se quedaron arruinados ocho mil habitantes que, en su mayor parte, vivian de la caridad pública, refugiados en las iglesias, en las escuelas, en agujeros abiertos al pié de las murallas, en chozas de tabla; finalmente, hubo cuatrocientas personas muertas, tres mil heridas y las pérdidas materiales se calculan en 300 millones de francos.

Ciento cuarenta y una bocas de fuego habian lanzado un total de ciento noventa y cinco mil setecientos veinte y dos proyectiles, de los cuales 162,000 fueron arrojados por la artillería prusiana, que tenia 297 piezas, y 31,422 por la artillería badense, que contaba 44 piezas.

Pues bien; este horrible bombardeo fué una barbarie inútil; porque no adelantó una hora la rendicion de la plaza. La ciudad no se rindió al bombardeo, sino á la brecha que hicieron en la muralla por la parte del arrabal de Pierres, y que amenazaba vomitar muy luego cincuenta mil hombres armados y precedidos de cañones hasta el centro de las ruinas que se habian hecho. Efectivamente, hoy se sabe que el sitio regular de la ciudadela y de las murallas produjo la rendicion de la mas patriótica de las ciudades francesas, arrancada hoy á la Francia sin el consentimiento de sus habitantes

J.



EL TEATRO. — Aspecto interior.

Bernabé Rudge,

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS

POR CARLOS DICKENS.

(Continuacion. — Véase el número 946).

— Piedra que rueda no recoge musgo, José, dijo Gabriel.

— Tampoco recogen mucho los guardaruedas de la carretera, repuso José, y si yo no estoy aquí como un mojon, no valgo mucho mas y no veo mucho mas mundo.

— Pues ¿qué pensais hacer, José? continuó el cerrajero que se frotaba suavemente la barba con ademán meditabundo. ¿Qué podriais ser? ¿á dónde podriais ir? Pensadlo bien.

— Me fiaré en mi buena estrella, señor Varden.

— Mal pensado; no os fieis en estrellas, no os dejeis llevar por ilusiones. Todos los dias digo á mi hija, cuando hablamos de buscarle un marido, que no se fie nunca de su buena estrella, sino que se asegure con tiempo de un jóven excelente, de un fiel esposo, porque una vez casada, no será su estrella la que la hará rica ni pobre, feliz ni desgraciada.

— ¿Y está buena la señorita Dorotea?

— Muy buena, gracias. Se va haciendo una buena moza y manifiesta bastante juicio.

— ¡Oh! en cuanto á eso, teneis razon, señor Varden.

— Sí, sí, á Dios gracias.

— Quisiera pedir os un favor.

— Explicaos.

— Quisiera, señor Varden, dijo José despues de vacilar un rato, que no contárais que me han pegado como si fuera un niño, porque como á tal me tratan aquí, al menos hasta que haya encontrado á aquel hombre y pueda arreglarle las cuentas. Entonces os permitiré que lo conteis.

— ¿Y á quién habia de contárselo? Lo saben aquí, y probablemente no encontraré á nadie que tenga interés en saberlo.

— Es cierto, dijo el jóven suspirando; lo habia olvidado. ¿Quién puede interesarle por mí? Es cierto.

Y al pronunciar estas palabras alzó la vista del suelo y enseñó su cara encendida como una grana, á causa sin duda de los esfuerzos que habia hecho arreglando el carro de Varden, el cual habia tomado las riendas desde su asiento.

— ¡Buenas noches! dijo José exhalando otro suspiro.

— ¡Buenas noches! respondió Gabriel. Reflexionad ahora sobre lo que os tengo dicho, sed juicioso, y no hagais una calaverada. Sois un buen muchacho, me intereso por vos, y sentiria muchísimo que vos mismo os plantarais en la calle. ¡Buenas noches!

José le siguió con la mirada y permaneció inmóvil en la puerta hasta que cesó de vibrar en sus oidos el ruido de las ruedas. Entonces agitó la cabeza con expresion triste y entró en su casa.

Gabriel se dirigia á Lóndres pensando en una infinidad de cosas, y especialmente en el estilo animado con que contaria su aventura y se justificaria ante su esposa de haber hecho una visita al Maypole, á despecho de ciertos convenios solemnes entre él y aquella señora. La meditacion no engendra tan solo ideas, sino que algunas veces tambien las adormece, por lo cual cuanto mas meditaba, mas ganas tenia de dormir.

Un hombre puede ser muy sombrío, ó al menos sostenerse á pié firme en ese terreno neutro que separa los confines de completa sobriedad y de un trago de mas, y sentir sin embargo una poderosa tendencia á mezclarse en su imaginacion circunstancias presentes con otras que ninguna relacion tienen con ellas; á confundir toda consideracion de personas, tiempos y lugares, y á concentrar sus pensamientos dispersos en una especie de kaleidoscopio mental que produce combinaciones tan inesperadas como fugitivas. Tal era el estado de Gabriel Varden cuando inclinando su cabeza bajo el peso del pícaro sueño y dejando que el caballo siguiera un camino que conocia bien, avanzaba sin advertirlo y se aproximaba cada vez mas á su casa. Se despertó una vez cuando el caballo se paró hasta que se abrió la barrera y dió con voz robusta las buenas noches al empleado del portazgo, pero acababa ya de tener un sueño en que forzaba una cerradura en el estómago del Gran Mogol, y hasta despues de despertarse confundia al empleado del portazgo con la imágen de su suegra, muerta hacia veinte años. No debe admirar, pues, que volviera á dormirse muy pronto y que á pesar de varios encuentros con otros carros á lo largo del camino, no se apercebiese de su viaje.

Pero se aproximaba ya á la gran ciudad que se extendia ante él como una negra sombra sobre el suelo y se enrojecia el aire con una inmensa y pálida luz anunciando laberintos de calles y tiendas y enjambres de personas atareadas. Cuando se acercó aun mas, aquel resplandor indeciso principió á extinguirse y las causas que lo producian se desenvolvieron por sí mismas lentamente. Pudieron distinguirse apenas largas líneas de calles mal alumbradas, con algunos puntos mas lumi-

nosos, donde los reverberos mas numerosos se agrupaban en torno de una plaza, de un mercado ó de un grande edificio. Algun tiempo despues todo fué menos confuso, y se pudieron ver los mismos reverberos como manchas amarillas que parecian extinguirse rápidamente unas tras otras cuando los obstáculos sucesivos los ocultaban á la vista. Oyéronse despues toda clase de rumores, la hora que daba en los relojes de la iglesia, el ladrido de los perros á lo lejos, el murmullo de las gentes en las calles; dibujáronse los contornos, se vieron aparecer los altos campanarios sobre el océano aéreo y montones de tejados desiguales aplastados bajo pesadas chimeneas, y el estruendo fué creciendo, creciendo hasta convertirse en una verdadera gritería; y finalmente las formas de los objetos se presentaron mas claras y numerosas, y apareció Lóndres, visible en la oscuridad por su débil luz y no por la de los cielos.

Sin embargo, sin advertir que Lóndres estuviera tan cerca, el cerrajero continuaba meciéndose entre la vigilia y el sueño cuando le despertó de pronto un grito lanzado á corta distancia de su carro.

Miró un momento en torno suyo como quien durante un sueño hubiera sido trasportado á un pais extraño, pero reconociendo muy pronto algunos objetos familiares, se frotó los ojos con indolencia, y quizás se hubiera dormido de nuevo si aquel grito no se hubiese oido no una vez, sino dos, tres, varias veces, y al parecer cada vez con mayor fuerza. Gabriel completamente despierto dirigió hácia aquel lado su vigoroso caballo como quien corre á vencer ó morir.

Tratábase en efecto de un suceso bastante grave, porque cuando llegó al sitio de donde salian los gritos, vió un hombre tendido sobre la carretera y en apariencia sin vida, en torno del cual daba vueltas otro hombre con una antorcha en la mano, agitándola en el aire con el delirio de la impaciencia y redoblando al mismo tiempo sus gritos de «¡Socorro! ¡socorro!» que habian conducido allí al cerrajero.

— ¿Qué sucede? dijo el anciano saltando del carro. ¿Qué es esto, Bernabé?

El que llevaba la antorcha se echó hácia atrás la larga cabellera esparcida sobre sus ojos, y dando una vuelta redonda, fijó en el cerrajero una mirada en que se leia toda su historia.

— ¿Me conoces, Bernabé? dijo Varden.

Bernabé hizo con la cabeza un movimiento afirmativo, no una vez, ni dos, sino veinte veces y de una manera extraña y exagerada, y se hubiera estado moviendo la cabeza durante una hora, si el cerrajero, con el dedo levantado y fijando en él una mirada severa no lo hubiese hecho cesar para preguntarle con el ademán que significaba su dolor y por qué estaba tendido aquel hombre en el suelo.

— ¡Sangre..... tiene sangre! dijo Bernabé estremeciéndose.

— ¿De qué es esa sangre? preguntó Varden.

— Del hierro, del hierro, del hierro, respondió Bernabé con tono feroz imitando con la mano la accion de dar una puñalada.

— Algun ladrón, dijo el cerrajero.

Bernabé le cogió por el brazo ó hizo otro movimiento afirmativo: despues indicó la direccion de la ciudad.

— ¡Ah! dijo el anciano inclinándose sobre el cuerpo y volviéndose para hablar á Bernabé, en cuyo pálido rostro brillaba una ráfaga extraña que no era la de la inteligencia, ¿el ladrón ha huído por allí? Bien, bien; no pienses ahora en él. Sosten así la antorcha... mas lejos... así. Ahora no te muevas mientras examino su herida.

El cerrajero se inclinó entonces hácia el cuerpo tendido en el suelo, en tanto que Bernabé teniendo la antorcha como se le habia recomendado, miró en silencio, fascinado por el interés ó por la curiosidad, pero rechazado por algun poderoso y secreto terror que imprimia á cada uno de sus miembros un movimiento convulsivo.

En pié como estaba entonces, retrocedió con espanto; y sin embargo medio inclinado hácia delante para ver mejor, su rostro y todo su cuerpo estaban alumbrados de lleno por la viva claridad de la antorcha y se revelaban tan distintamente como en medio del dia. Tenia unos veinte y tres años, y aunque enjuto de carnes, era de buen talle y robusto; sus cabellos rojos, y muy abundantes, le caian en desórden en torno de su rostro y de sus hombros, dando á sus miradas sin cesar en movimiento una expresion que no era enteramente de este mundo, realzada por la palidez de su tez y el brillo vidrioso de sus ojos saltones; aunque no era posible verle sin repulsion, su fisonomía respiraba bondad y hasta se advertia cierto aspecto quejumbroso y melancólico en su rostro azorado y macilento; pero la ausencia del alma es mucho mas terrible en un vivo que en un muerto, y le faltaban á aquel ser infortunado las facultades mas nobles de la inteligencia.

Llevaba un vestido verde, adornado sin órden ni concierto, y probablemente con sus propias manos, de un suntuoso galon mas brillante en los sitios donde la tela estaba mas sucia y mas gastada; pendian de sus puños un par de vueltas de piel en tanto que llevaba el cuello casi desnudo; habia engalanado su sombrero con un manojo de plumas de pavo real, pero rotas y mojadas y que le caian como desmayos sobre la espalda; en su cinto brillaba el puño de acero de una espada vieja sin hoja ni vaina, y algunos trozos de cintas de dos colores y pobres baratijas de vidrio completaban la parte de adorno de su traje. La colocacion confusa de todos los harapos extravagantes que formaban su vestido, así como sus ademanes vivos y sus gestos caprichosos, revelaba

el desórden de su inteligencia, y con un grotesco contraste, ponía en relieve la extrañeza mas notable aun de su figura.

— Bernabé, dijo el cerrajero despues de un rápido pero cuidadoso exámen, este hombre no está muerto; tiene una herida en el costado, pero solo está desmayado.

— ¡Le conozco, le conozco! exclamó Bernabé palmeando.

— ¿Le conoces?

— ¡Chist! dijo Bernabé llevándose el dedo índice á sus labios. Habrá salido hoy para ir á hacer la córte. No quisiera que volviese á hacer la córte, porque si volviese, sé que hay ojos que perderian muy pronto su brillo, aunque brillan como... A propósito de ojos, ¿veis allá arriba las estrellas? ¿De quién son los ojos? Si son los ojos de los ángeles, ¿por qué se divierten en mirar hácia aquí para ver herir á los hombres de bien y no hacen mas que guiñar y centellar toda la noche?

— ¡Dios tenga piedad del pobre loco! murmuró el cerrajero muy indeciso. ¿Conocerá en efecto á este caballero? No está distante la casa de su madre. Tal vez ella me diga quién es. Bernabé, amigo mio, ayúdame á colocarle en el carro ó iremos juntos á tu casa.

— ¡Me es imposible tocarle! dijo el idiota retrocediendo y estremeciéndose de horror; está cubierto de sangre.

— Sí, ya lo recuerdo, esa repugnancia es natural en el pobre muchacho, murmuró el cerrajero. Seria una crueldad exigirle semejante servicio, y sin embargo, es preciso que me ayuden... ¡Bernabé! ¡querido Bernabé! si conoces á este caballero, en nombre de su propia vida y de la vida de los que le aman, ayúdame á levantarlo y colocarlo en el carro.

— Si lo cubriérais, si lo tapárais de piés á cabeza...

— Convenido; no temas. Vuelve la cara á otro lado... ¡Así! Ya puedes mirar ahora, ya está tapado.

— Despacio. Bien, bien.

Y le colocaron en el carro con la mayor facilidad, porque Bernabé era robusto y activo, pero durante todo el rato que emplearon en esta operacion, temblaba de piés á cabeza y experimentaba un terror tan lleno de angustia, que á duras penas podia soportar el cerrajero el espectáculo de sus padecimientos.

Terminada la operacion y abrigado el herido con el gaban de Varden, que el cerrajero se quitó expresamente con este objeto, siguieron su camino. Bernabé contando alegremente con los dedos las estrellas, y Gabriel felicitándose á sí propio porque tenia ya para contar una aventura que sin duda alguna haria callar aquella noche á la señora Varden acerca del Maypole.

IV.

Pasemos al venerable arrabal de Clerkenwell porque en otro tiempo era un arrabal, y penetremos en esa parte de sus confines mas inmediata á Charter-House, y en una de esas calles frescas y sombrías de las cuales apenas quedan ya algunas muestras esparcidas en estos antiguos barrios de la capital. Cada morada vegeta allí tranquilamente como un viejo tendero ó negociante que, retirado de su comercio hace muchos años, dormita en medio de sus achaques hasta que le zambulle la muerte en la sepultura para ceder el puesto á algun jóven heredero, cuya extravagante vanidad se pavoneará en los adornos de estuco de su casa rejuvenecida y en todas las bagatelas de la arquitectura moderna. En este barrio y en una calle de esta clase reclaman nuestra presencia los hechos del presente capítulo.

En la época en que pasó lo que vamos refiriendo, aunque solo data de unos setenta años, no existia aun una gran parte de Lóndres, y ni aun los mas desenfrenados especuladores habian hecho germinar en sus cerebros inmensas líneas de calles enlazando á Highgate con Whitechapel, ni los grupos de palacios sobre pantanos desecados, ni las pequeñas ciudades en medio del campo. Aunque esta parte de la ciudad estaba entonces, como en nuestros dias, surcada de calles y muy poblada, su fisonomía era muy diferente. La mayor parte de las casas tenian jardines, á lo largo de las aceras crecian los árboles, y se respiraba en todas partes una frescura que en vano se buscaria actualmente. Se tenian á mano espaciosos campos al través de los cuales serpenteaban las aguas del New-River, y durante el verano se gozaban allí las alegres fiestas de la siega y la trilla. La naturaleza no estaba tan distante como en nuestros dias, y aunque habia muchas industrias en Clerkenwell y tiendas de plateros á docenas, era un paraje mas salubre y mas próximo á la campiña de lo que podrian imaginarse muchos habitantes del nuevo Lóndres, y mas al alcance de los paseos para los enamorados, paseos que se convirtieron en sombríos grupos de casas mucho tiempo antes que hubiesen venido al mundo los enamorados de este siglo.

En una de esas calles, la mas aseada de todas, y al lado de la sombra (porque las mujeres hacendosas saben que el sol perjudica los cortinajes objeto de sus cuidados, y prefieren la sombra al brillo de los rayos penetrantes) se hallaba la casa que vamos á describir. Era un modesto edificio, ni demasiado ancho ni estrecho ó alto, ni tenia una de esas grandes ventanas que os miran con descaro; era una casa tímida, guiñando los ojos por decirlo así, con un tejado cónico que se alzaba en forma de pico sobre la ventana de la guardilla, guarnecida de cuatro cristales, como un sombrero tricorno sobre la cabeza de un señor de edad que solo tiene un ojo.

No estaba construida de ladrillo ni de piedra labrada sino de madera y yeso, y no había sido delineada con un monótono y cansado respeto de la simetría, porque no tenía dos ventanas iguales, y cada una de ellas parecía empeñarse en no semejarse á nada.

La tienda, porque tenía tienda, estaba en el piso bajo como todas las tiendas, pero á esto se reducía su semejanza con todas las demás de su clase. Las gentes que entraban ó salían no tenían que subir algunos escalones ó deslizarse á pié llano sobre el suelo al nivel de la calle, pero les era forzoso bajar por tres rampas muy pendientes y hundirse como en una bodega. El suelo estaba cubierto de losas y ladrillos como el de cualquiera otra bodega, y en vez de una ventana con cristales había un postigo de madera pintado de negro casi á la altura de la mano, que se doblaba en dos durante el día, dando tanto frío como luz, y con frecuencia menos luz que frío.

Detrás de la tienda había una sala ó comedor artesano, con vistas á un patio enlosado y mas allá á un terrado y á un jardinito cuya superficie estaba algunos piés mas elevada que el suelo del comedor. Todo el mundo hubiera supuesto que dicho comedor, á excepción de la puerta de comunicacion por la cual le habían introducido, estaba separado del resto del universo; y verdaderamente se había observado que muchos forasteros, al entrar allí por primera vez, se ponían muy pensativos y parecía que trataban de resolver en su mente el problema de si á los aposentos del piso superior se subía por medio de escaleras, no sospechando nunca que dos de las puertas menos pretenciosas é inverosímiles y que los mas ingeniosos mecánicos de la tierra debían forzosamente suponer puertas de gabinetes, abrían una salida fuera de aquella sala hasta dos escaleras negras y de caracol, de las cuales una se dirigía hacia arriba y otra hacia abajo, y eran los únicos medios de comunicacion entre dicho aposento y las demás partes de la casa.

A pesar de todas estas singularidades, no había una casa mas aseada ni mas escrupulosamente arreglada en Clerkenwell, en Lóndres ni en toda la Gran Bretaña. No había ventanas mas limpias, suelos mas blancos, sartenes mas brillantes ni muebles de un lustre mas admirable, y no sería exagerado decir que en todas las demás casas de la calle juntas no se frotaba, rascaba, lavaba ni bruñía tanto. Y esta perfeccion se conseguía á costa de bastante trabajo, de mucho tiempo y de considerable cansancio; los vecinos lo sabían, pues acechaban á la dueña de la casa cuando se dirigía y hasta tomaba parte en los días de limpieza, cuya operacion duraba desde el lunes por la mañana hasta el sábado por la tarde, ambos días inclusive.

El cerrajero apoyado en uno de los lados de la puerta de esta casa, que no era la suya, estaba de pié muy temprano en la mañana del día siguiente á su encuentro con el herido contemplando con expresion inconsolable su enseña que era una enorme llave de madera pintada de amarillo para imitar el oro, la cual colgaba delante de la casa y oscilaba á derecha é izquierda rechinando de una manera lúgubre como si se quejara de no tener nada que abrir. Algunas veces miraba por encima del hombro hacia la tienda que estaba tan oscurecida con el humo de la fragua junto á la cual trabajaba su aprendiz, que hubiera sido difícil para un ojo no acostumbrado á investigaciones de este género distinguir allí mas que instrumentos de tosca forma, grandes manojos de llaves oxidadas, pedazos de hierro, cerraduras medio acabadas y muchos objetos de la misma clase que guarnecían las paredes ó pendían en racimos del techo.

Después de una larga y paciente contemplacion de la llave de oro y de varias miradas dirigidas hacia la tienda, Gabriel dió algunos pasos por la calle y lanzó una mirada fugitiva hacia las ventanas del piso superior. Una de ellas se abrió por casualidad en aquel momento y una cara graciosa encontró la suya. Era una cara iluminada por el mas amable par de ojos brillantes en que hubiera fijado jamás su vista un cerrajero; era la cara de una jóven linda, risueña, de frescos hoyuelos llenos de salud, la verdadera personificacion del buen humor y de la belleza en toda su lozanía.

— ¡Chist! dijo en voz baja asomándose é indicando con malicia la ventana que estaba debajo de ella; madre duerme aun.

— ¿Aun, niña? dijo el cerrajero en el mismo tono. No es posible.

— Vos tenéis la culpa. Nos habeis hecho estar levantadas toda la noche, sin decirnos dónde estábais y sin enviarnos al menos un recado para tranquilizarnos.

— ¡Ah! ¡Dorotea! ¡Dorotea! respondió el cerrajero moviendo la cabeza y sonriendo, conozco que he sido muy cruel privándote del sueño hasta las altas horas de la noche. Baja á almorzar, loquilla, pero no hagas ruido porque despertarias á tu madre. Conozco que debe de estar muy cansada; sí, debe de estar muy cansada.

Guardando para sí propio estas últimas palabras y respondiendo al ademán de cabeza de su hija, iba á entrar en la tienda con la mirada radiante aun de la sonrisa que Dorotea había despertado en ella, cuando pudo ver al mismo tiempo la gorra de papel de su aprendiz, que retrocedía de la ventana para evitar la mirada de su amo y volvía cabizbajo hacia la fragua donde empezó á manejar con vigor y rapidez el martillo.

— ¡Simon estaba de acecho! dijo Gabriel. Esto me da que sospechar. ¿Qué se figurará que va á decir Dorotea? Siempre le sorprendo escuchando cuando ella habla y nunca en otro momento. Mala costumbre, Simon, mala costumbre. Por mas que golpeas con tanta

furia el yunque, no me quitarás de la cabeza mis sospechas.

Hablando así para sí propio y moviendo la cabeza con aire grave, entró en la tienda y miró con atencion al objeto de estas observaciones.

— Basta por ahora, dijo el cerrajero. Es inútil continuar haciendo ese ruido infernal. Vamos á almorzar.

— Señor, dijo Simon mirando á su amo con una finura asombrosa y haciendo un pequeño saludo, os sigo inmediatamente.

— Supongo, murmuró Gabriel, que ese saludo lo habrá aprendido en la *Guirnalda del aprendiz*, en las *Delicias del aprendiz*, en el *Cancionero del aprendiz*, en el *Guia del aprendiz en la horca* ó en algun otro libro de la misma clase. ¡Vaya una galantería exagerada para un aprendiz de cerrajero!

Sin sospechar que su amo le observaba oculto en la sombra desde la puerta del comedor, Simon se quitó la gorra de papel, se alejó de la fragua, y en dos pasos extraordinarios, que participaban del salto del patinador y de la cabriola del bailarín, llegó á una especie de barreño que había en el extremo opuesto de la tienda, y allí hizo desaparecer de la cara y las manos todas las huellas del trabajo de la mañana, ejecutando el mismo paso mientras se enjugaba con la mayor gravedad. Terminado este lavatorio, sacó de un sitio oculto un pedazo de espejo, del cual se sirvió para peinarse el cabello y cerciorarse del estado exacto de un grano que tenía en la nariz. Habiendo dado fin á su tocador, colocó el pedazo de espejo en un banco poco elevado, y miró por encima del hombro todo lo que podía reflejarse de sus piernas en un cuadro tan estrecho con extrema complacencia y satisfaccion.

Simon Tappertit era un muchacho feo, de corta estatura y flaco, de cara pequeña con cabellos aplastados y con ojillos sin gracia, pero estaba completamente convencido de que era un buen mozo. Su cuerpo delgado y mezquino le inspiraba la mayor admiracion, y sus piernas, que en sus calzones cortos eran dos curiosidades, dos rarezas bajo el punto de vista de su exigüidad, le excitaban un entusiasmo que casi rayaba en éxtasis. Tenía además algunas ideas majestuosamente elevadas, que nunca habían sondeado á fondo sus amigos mas íntimos, sobre la magia de sus ojos, aunque no se ignoraba que había llegado hasta alabarse de poder completamente vencer y sojuzgar la beldad mas altiva por medio de un recurso que él llamaba « la mirada fascinadora; » pero es forzoso añadir que de este poder, así como del don que pretendía tener de vencer y domar á los animales mas rabiosos, nunca había presentado una prueba satisfactoria y decisiva.

Estas pretensiones permiten deducir que el pequeño cuerpo de Simon Tappertit encerraba un alma ambiciosa y llena de presuncion. Lo mismo que ciertos licores contenidos en barriles de dimensiones muy estrechas, fermentan, se agitan y se rebullen en su cárcel, la esencia espiritual del alma de Tappertit hervía en el precioso barril de su cuerpo hasta que se abría con estrépito y espuma un paso que arrebatara cuanto encontraba delante. Acostumbraba á decir en tales ocasiones que el alma se le subía á la cabeza, y en este nuevo género de embriaguez le habían sucedido innumerables perances y aventuras que había ocultado frecuentemente, no sin grandes dificultades, á su digno amo.

Simon Tappertit, entre los demás caprichos con que recreaba y saboreaba su alma continuamente, caprichos que como el hígado de Prometeo se multiplicaban con el consumo, tenía una elevada idea de su clase, y la criada le había oído manifestar sin rodeos el pesar de que los aprendices no pudiesen llevar palos para dar palizas á los paisanos, segun su enérgica expresion. Había dicho tambien que se había mancillado la honra de su corporacion por haberse castigado con la horea á Jorge Barawell, y que los aprendices no hubieran debido someterse bajamente á esta ejecucion, y debían haber reclamado su compañero á los tribunales, primero con una demostracion tranquila, y después, si era forzoso, por medio de un llamamiento á las armas, de las que hubieran hecho uso como lo habrían juzgado á propósito en su prudencia. Estas reflexiones le conducían siempre á considerar que los aprendices podrían llegar aun á ser un glorioso instrumento si tuvieran á su cabeza un talento superior, y entonces hacia alusion, de una manera tan tenebrosa y aterradora para los que le escuchaban, á ciertos mozos amigos suyos, osados todos y valientes, y á cierto Corazon de Leon que estaba dispuesto á ser su capitán, y que haría temblar al lord corregidor en su trono municipal.

En cuanto al traje y al adorno personal, Simon Tappertit tenía un carácter no menos aventurero y emprendedor. Se le había visto, así lo afirmaban personas fidedignas, quitándose los puños de camisa superfinos en un sitio oscuro de la calle los domingos por la noche, y ponérselos cuidadosamente en el bolsillo antes de entrar en su casa, y era notorio que todos los días de gran fiesta acostumbraba reemplazar las rodilleras y las hebillas de los zapatos de simple acero con otras de piedras falsas muy brillantes, bajo el abrigo amistoso de un poste, muy cómodamente clavado en dicho sitio. Añádase á esto que tenía veinte años cumplidos; que su exterior le daba mas edad y su presuncion al menos doscientos años; que no le disgustaba que le hiciesen broma sobre su admiracion por la hija de su amo, y que en una taberna oscura, en la que se le invitó á brindar por la dama que honraba con su amor, pronunció el siguiente brindis con muchas miradas y guiños: « Por una hermosa niña cuyo nombre de pila comienza con D. » Y ahora sabe el lector lo necesario para

conocer á Simon Tappertit que se había sentado para almorzar con el cerrajero.

Era un almuerzo succulento, porque además del té de rigor y sus accesorios, la mesa crujía bajo el peso de una buena tajada de vaca, de un jamon de primera calidad y de diversos pisos de torta con manteca del Yorkshire, cuyos trozos se alzaban unos sobre otros en una forma muy apetitosa. Había tambien un soberbio jarro bien barnizado que figuraba una cabeza bastante parecida al cerrajero, y que tenía sobre su frente calva un borde de espuma blanca que hacia las veces de peluca y prometía indudablemente una exquisita cerveza hecha en casa. Pero mas adorable que esta exquisita cerveza hecha en casa, que la torta con manteca del Yorkshire, que el jamon, que la vaca y que cualquiera otra cosa de comer ó beber que pudieran dar la tierra, aire ó el agua, se veía allí, presidiéndolo todo, la hija del cerrajero, de rosadas mejillas, y ante sus negros ojos la vaca perdía todo su prestigio y la cerveza no era nada ó poco menos.

— Los padros no deberian besar nunca á sus hijas delante de jóvenes. Esto es ya demasiado, y hay límites para las pruebas humanas.

Hé aquí lo que pensaba Simon Tappertit cuando Gabriel atrajo hacia los labios de rosa de su hija... aquellos labios que estaban todos los días tan cerca de Simon y sin embargo tan lejos. Respetaba á su amo, pero en aquel momento hubiera preferido verle ahogado por la torta con manteca del Yorkshire.

— Padre, dijo Dorotea cuando se sentó á la mesa, ¿ es cierto lo que dicen os ha sucedido esta noche?

— Tan cierto, hija mia, como el Evangelio.

— ¿ Habían robado y herido al hijo de M. Chester en la cerrajera cuando llegásteis?

— Sí, al señor Eduardo. Y á su lado estaba Bernabé pidiendo auxilio con toda la fuerza de sus pulmones. Llegué muy á tiempo, porque es un camino solitario, y como la noche era fria y el pobre Bernabé tenía la razon mas trastornada de lo que acostumbra á consecuencia de su sorpresa y su espanto, el desgraciado jóven no hubiera tardado mucho en irse al otro mundo.

— ¡Tiemblo tan solo al pensarlo! dijo Dorotea estremeciéndose. ¿ Cómo le conocísteis?

— ¿ Cómo le conocí? repuso el cerrajero. Yo no le conocí. ¿ Y cómo había de conocerle? Nunca le había visto, y únicamente había oído hablar y hasta había hablado yo mismo de él muchas veces sin conocerle. Le trasladé á casa de mistress Rudge, la cual apenas le vió me dijo quién era.

— Si la señorita Emma recibe esta noticia, exagerada como será indudablemente, es capaz de volverse loca.

— No temas, hija mia. Oye, y verás á lo que se expone un hombre que tiene buen corazon, dijo el cerrajero. La señorita Emma estaba con su tio en un baile de máscara en Carlisle-House, adonde había ido á pesar suyo, segun me dijeron en la Garenne. ¿ Sabes lo que ha hecho tu imbécil padre despues de consultar el caso con mistress Rudge? En vez de venir á casa y acostarse, ha solicitado la proteccion de su amigo el portero, se ha puesto una careta y un dominó y se ha confundido entre las máscaras.

— ¡ Ha sido una accion muy digna de él! exclamó la muchacha rodeando con sus brazos el cuello del cerrajero y dándole el mas entusiasta de los besos.

— ¡ Digno de él! ¡ digno de él! repitió Gabriel que hacia ver que estaba enfadado, pero que en realidad sentía una gran satisfaccion por el papel que había hecho y las alabanzas de su hija. Digno de él, pero eso no impide el que se haya confundido entre la multitud, y que se haya visto empujado, perseguido y mareado por personas que le asordaban gritándole: « ¡ Te conozco, máscara, te conozco! » y diciéndole mil necesidades. Sin contar que aun estaria buscando, si no hubiera encontrado en un salon retirado una jóven que acababa de quitarse la careta, á causa sin duda del calor que hacia allí, y que permanecía sola y sentada.

— ¿ Era ella? dijo Dorotea con precipitacion.

— Era ella, respondió el cerrajero, y apenas le dije al oído lo que había sucedido con tantos rodeos y tantas precauciones como tú misma lo hubieras hecho en el mismo caso, lanzó un grito agudo y se desmayó.

— ¿ Y qué sucedió entonces?

— Sucedió que llegaron en tropel las máscaras, y se armó allí tal ruido y balahola de gritos y exclamaciones, que solo pensé en huir y salir de aquel atoladero; esto es lo que sucedió, repuso el cerrajero; lo que ha sucedido cuando ha vuelto á casa, ya puedes adivinarlo si no lo has oído. Pero ¡ penas al aire! no todo ha de ser disgustos y contratiempos!... Acérame á Tobías, Dorotea.

Tobías era el jarro de que se ha hecho ya mencion. El cerrajero, que durante toda la conversacion había atacado con encarnizamiento los comestibles, aplicó los labios á la frente benévola del digno varon, y los dejó tanto tiempo aplicados mientras alzaba lentamente la vasija al aire, que por último tuvo la cabeza de Tobías sobre sus narices; entonces dió un chasquido con los labios, y volvió á colocar el jarro en la mesa, con un pesar lleno de ternura.

Aunque Simon Tappertit no había tomado parte en esta conversacion ni le habían dirigido nunca la palabra, no había dejado de hacer en silencio las manifestaciones de asombro que creía mas propias para desplegar con buen éxito el poder fascinador de sus ojos. Considerando la pausa que había seguido al diálogo como una circunstancia especialmente ventajosa, y queriendo producir un grande efecto á la hija del cer-

rajero (la cual le miraba entonces, según él creía, con muda admiración principió á crispar y contraer su cara, principalmente los ojos, y á hacer contorsiones tan extraordinarias, tan feas y tan incomparables, que Gabriel, que le miró por casualidad, se quedó asombrado y exclamó:

— ¿Qué tendrá este muchacho? ¿Si se ahogará?

— ¿Cómo? preguntó Simon con algún desden.

— ¿Qué quiere decir ese cómo? repuso su amo. ¿Por qué hacéis esos gestos horribles en la mesa?

— Cada cual tiene su gusto, maestro, dijo Tappertit algo desconcertado; á mí me gusta hacer gestos.

Pero lo que le desconcertaba más era el ver que se sonreía la hija del cerrajero.

— Simon, repuso Gabriel riéndose á carcajadas, no digáis necedades; quisiera que tuviérais más juicio. Estos jóvenes, añadió volviéndose hácia su hija, están siempre prontos á hacer alguna locura. Ayer noche hubo una contienda entre José Willet y el viejo John, aunque no diré que José dejara de tener razón. El día menos pensado hará una calaverada, y se irá de su casa á buscar fortuna y correr aventuras. ¿Qué tienes, Dorotea? ¿Ahora te toca á tí hacer gestos? Vaya, veo que las muchachas valen tanto como los mozos.

— Es el té, dijo Dorotea poniéndose alternativamente muy colorada y muy pálida (como sucede siempre cuando uno se quema); ¡está tan caliente!

Tappertit fijó su mirada en un pan de cuatro libras que había sobre la mesa y exhaló un suspiro.

— ¿No es más que eso? dijo el cerrajero. Pon en el té un poco más de leche. Sí, lo siento por José, porque es un buen muchacho, le aprecio; pero vas á ver como no tarda en huir de su casa. El mismo me lo ha dicho...

— ¿Será cierto? preguntó Dorotea con voz débil.

— ¿Aun te escuece el té en la garganta, Dorotea? dijo el cerrajero.

Pero antes que pudiera contestarle, la acometió una tos importuna, una especie de tos tan desagradable, que terminado el acceso, brotaban lágrimas de sus ojos.

El buen cerrajero estaba aun dándole palmadas en la espalda y prodigándole suaves remedios de la misma especie, cuando se recibió un mensaje de la señora Varden: hacia saber á cuantos podía interesar la noticia, que se sentía demasiado indispuesta para levantarse después de la agitación y ansiedad de la noche anterior, y que por consiguiente, deseaba que le enviaran inmediatamente la tetera negra con té bien cargado, media docena de pedazos de torta con manteca, una tajada de vaca y de jamon razonable y el *Manual protestante* en dos tomos en 42o.

(Se continuará.)

M. Grevy.

M. Grevy nació en Mont-sous-Vaudrez (Jura), de modo que es oriundo del Franco Condado, esa patria de los hombres de buen temple, á la que pertenecen Victor Hugo, Proudhon y Montalembert.

Nació en 1807, en la época en que la Francia hacia sentir á la Prusia, con la victoria de Jena, los abusos de su poderío, y ocupa el sillón de la presidencia en la Asamblea que tiene en sus manos los destinos de la patria, en la época en que la Prusia, tomando un terrible desquite, hace sentir á la Francia los mismos abusos de la victoria y de la fuerza. ¿Cuáles son en tan terrible crisis las miras del honorable presidente de la Asamblea nacional? Fácil es decirlo.

Desde luego haremos constar aquí, que M. Grevy siempre ha pertenecido á la opinión francamente republicana.

En la profesión de fe que publicó cuando las elecciones de 1869, decia lo siguiente:

«No tengo que hacer aquí ninguna profesión de fe por lo que toca á la Constitución. He dicho ya y repito que «siempre he sido y seré republicano.»

Después de haber concluido sus estudios en Poligny vino á cursar leyes en París, y muy luego se distin-



M. Grevy, presidente de la Asamblea nacional.

guió tanto por la energía de sus opiniones como por su talento oratorio, sinceridad, capacidad, estimación general, todo esto le recomendó para ser elegido bastonero de la orden de los abogados en París en 1868.

También haremos justicia á su pasado diciendo que la política había contribuido tanto como el foro á señalarle á la atención pública.

En efecto, M. Grevy fué uno de los hombres más justamente estimados de la revolución de 1848. En aquella época propuso á la Asamblea una enmienda que tenía por objeto conferir á los representantes del país el nombramiento de presidente de la República. Aquella enmienda, que lleva su nombre y que es célebre en la historia parlamentaria, apasionó á todos los partidos y provocó una discusión de las más ardientes. M. Grevy tenía en su favor la lógica y la sensatez. El sufragio universal nombra la asamblea, la asamblea nombra el presidente. Pero M. de Lamartine habló en contra sosteniendo que no se debía privar al sufragio universal de su soberanía, y dijo que *si es posible envenenar una fuente, no lo es envenenar el Océano*. Sabido es lo que resultó con el triunfo de la opinión de Lamartine.

Sin embargo, la enmienda Grevy se ha considerado siempre como un testimonio de la sensatez política de su autor y co-

mo un acto que habría podido hacer imposibles todas las aventuras que ha corrido la Francia.

En 1869 M. Grevy se presentaba pues á los electores del Jura con la justa fama de un orador de talento, y lo que es más aun, con la consideración que corresponde á los hombres de una verdadera importancia política. La izquierda le propuso entonces como presidente de la Cámara, y la Asamblea nacional acaba de hacer justicia en 1871 á la elección de la oposición en 1869.

Desde el rompimiento de las hostilidades ha demostrado M. Grevy con la reserva de su actitud que no entraba en todas las miras del gobierno del 4 de setiembre. Prueba de ello es el siguiente párrafo de esta circular en las últimas elecciones:

«¡La guerra! ¡Ah! Los que la han visto saben á qué atenerse. Vuestros representantes, mejor que todos los demás, sabrán descubrir la verdad en los boletines que la disfrazan; y ellos dirán que si la Francia debe á todo evento, poner á salvo su honor, también quiere que no se consuma su ruina inútilmente.»

Hechas las elecciones, los diputados reunidos en Burdeos consideraron unánimemente al firme defensor de la República moderada, como al hombre que podía ser entre la derecha y la izquierda el representante de las ideas de concordia y de conciliación, y así fué nombrado presidente por 519 sufragios de 529 votantes.

Al ocupar el sillón de la presidencia, M. Grevy, siempre fiel á sí mismo, no pronunció más que un corto discurso cuya conclusión es esta:

- «Hé aquí mi programa:
- » La República siempre.
- » La paz, salvo el desquite, por todos los medios aceptables.
- » No me quejaré de si otros más dignos reúnen vuestros sufragios.»

No hay duda que el presidente de la Asamblea, expresado en esas palabras el verdadero pensamiento del país.

En unas circunstancias políticas tan violentas como son estas, en una asamblea que no se halla acostumbrada á las prácticas parlamentarias y que naturalmente debe inclinarse á las exageraciones, M. Grevy por la rectitud de su pasado político y por la moderación de su lenguaje y de sus actos, está llamado á prestar los mayores servicios como un árbitro imparcial amante del país.

Es seguro que habrá luchas apasionadas, discusiones ardientes, debates que pondrán en juego los más graves intereses: la voz del presidente sabrá elevar sobre esas rivalidades de partidos el interés soberano de la Francia y demostrar que toda reforma no es más que una transacción entre el pasado y el presente

H. C.

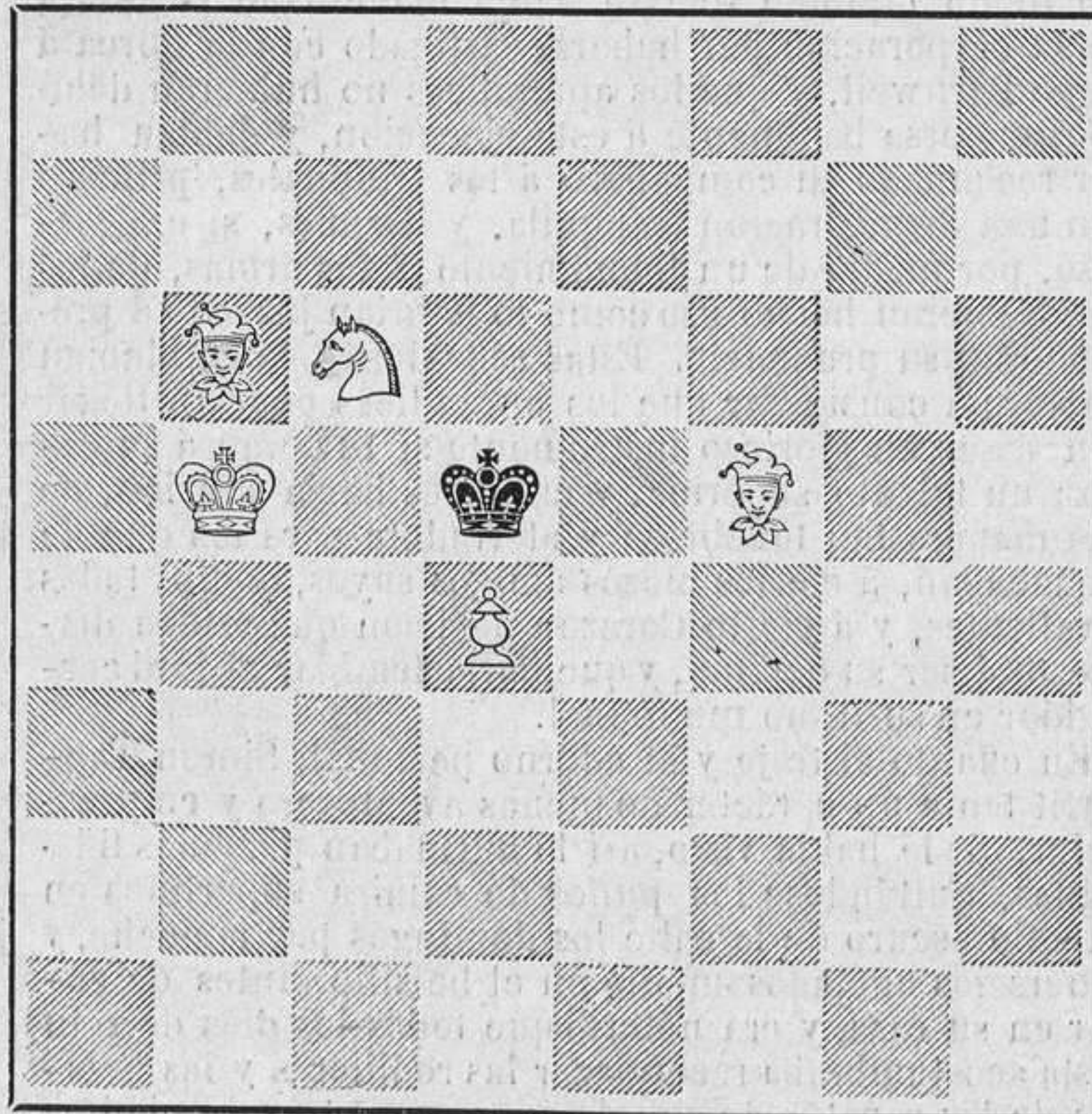
Problemas de ajedrez.

Solucion del número 331

- | | | |
|---|-------------------|-----------|
| 1 | A 1ª ARª | T 8ª CRª |
| 2 | T 3ª R | Rª toma P |
| 3 | A toma Rª | ? |
| 4 | T ó C jaque-mate. | |

PROBLEMA NÚMERO 332, POR M. J. B.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en cinco jugadas.

Los Editores-Propietarios responsables,

X. DE LASSALLE y MÉLAN.

Paris. — Tipografía de A. Marc, 22, rue de Vernueil.